



Experto en psicología clínica y psicoterapia en adultos

MÓDULO I. SALUD Y APARATO PSÍQUICO



www.isfap.com - info@isfap.com

TEMA IV. ESTRUCTURAS CLÍNICAS. PERVERSIÓN Y PSICOSIS

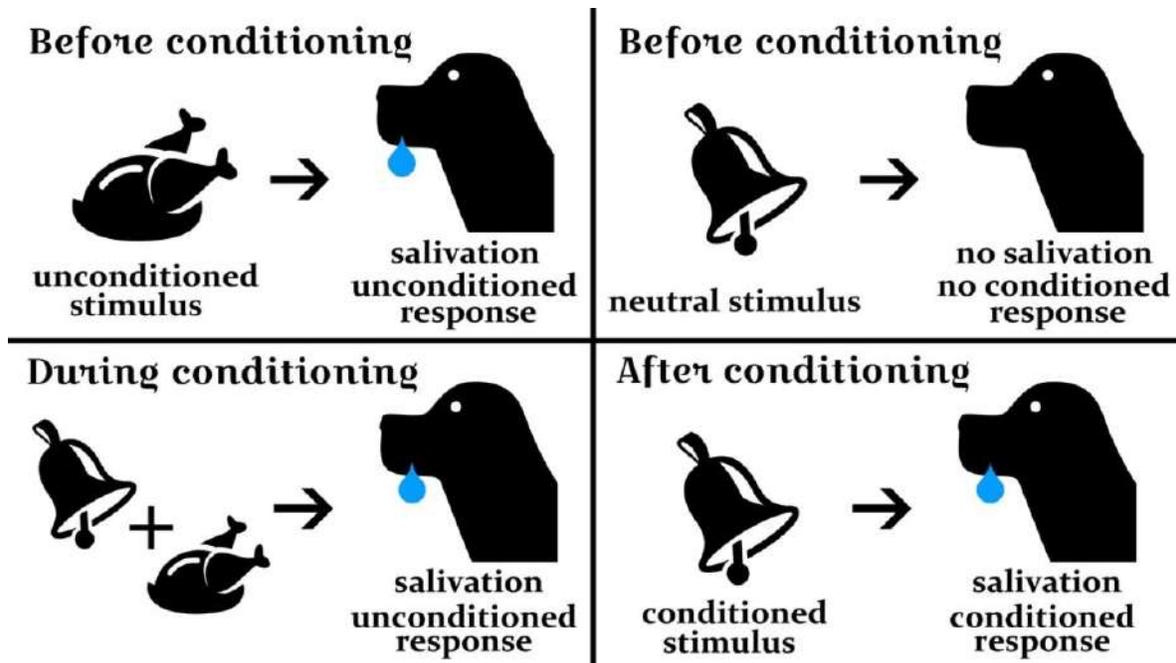
Introducción

El psicoanálisis se basa en la idea de estructura, de cómo un sujeto es determinado por la relación con los demás, de cómo esta relación constituye fantasma que marca maneras de comportarse basadas en rasgos estructurales. De esta manera poco importa un síntoma aislado, ni sirve de nada proponerse corregirlo de por sí solo, sino que un síntoma es un anudamiento significativo que dice mucho más de lo que aparentemente dice. Por lo tanto, los síntomas no son equivalentes a una estructura, por lo que los manuales de diagnóstico tales como el DSM-IV y el CIE 10, pierden importancia. Cobra entonces significación los trazos simbólicos que operan estructuralmente. Es clave la noción de falo, caracterizada por la presencia de una ausencia, falo como representable simbólicamente, aunque no perteneciente al orden de las representaciones. La noción de falo implica la circularidad y significación de las funciones que permiten la constitución subjetiva de un sujeto.

Esta postura traza una línea divisoria entre la psicología, basada en el aprendizaje, la reeducación, el dominio, el aprendizaje, el acomodamiento, etc., y el psicoanálisis preocupado por el deseo del sujeto. Aquí se habla de sujeto, del deseo, y de un más allá que implica la noción de un goce como un más allá del principio del placer. El yo divide al sujeto. Lacan toma una frase de Descartes: "Pienso, luego Soy" y la modifica en: "Soy allí donde no pienso". En el sentido que si el sujeto piensa, entonces no es y si es no piensa. En psicoanálisis se evita la especulación consciente, y se habla de modificar el posicionamiento estructural y fantasmático.

Esquematisando sobre el campo "psi" en general puede decirse que las corrientes apoyadas en la reflexión conductual se basan en el esquema de estímulo – respuesta – estímulo. A partir de allí se explican patologías y se proponen su resolución desde ese esquema. Así las cosas, si alguna persona no come estará marcada por la influencia

cultural de la estética de la delgadez, si un niño observa violencia por televisión este hecho contribuirá a una actitud violenta, y si un caballero eyacula precozmente, será por su habito de hacerlo así. Para el psicoanálisis este esquema es completamente insuficiente, y lo demuestran día a día todas aquellas personas que no responden de manera similar ante estímulos comunes.



De igual manera, otros enfoques no conductuales como la gestalt, o las terapias focalizadas, también se apoyan en un razonamiento donde hay algo que cambiar con relación a “comprender” el punto conflictivo, por lo que se toma nuevamente distancia del psicoanálisis. Al igual que las corrientes basadas en un enfoque sistémico y social, que postulan la circularidad de esquemas de roles que enquistan maneras de comportamiento o de organización, pero no dejan de basarse en el pensar o razonar consciente.

El psicoanálisis sostiene que una cuota de libertad se adquiere al analizar el posicionamiento subjetivo que posee un sujeto y los significantes que lo determinan. Significantes organizados en una cadena basada en la diferencia.

Estructura y lenguaje

Desde 1906 y hasta 1911, Ferdinand de Saussure dictó tres cursos sobre lingüística general, manifestando el descubrimiento de las relaciones entre los elementos de la lengua y desentraña las oposiciones diferenciales entre ellos.

De esta manera nace la noción de sistema como estructura, en el cual el cambio de uno de sus elementos implica el cambio del sistema en su totalidad. Además, se afirma la oposición entre sistema - sincronía, eje de las simultaneidades - e historia - diacronía, eje de las sucesiones -.

A partir de Saussure quedarán establecidas las bases de un pensamiento reflexivo que desconfía de las apariencias, de las cualidades y de las relaciones más evidentes, para descubrir las relaciones ocultas y las estructuras significativas, por la cual se puede acceder al sentido; estableciendo un sistema general. La reflexión estructural se realiza sobre la significación, en donde todo hecho tendría una función significativa.

Para Saussure, la lógica de todo lenguaje se basa en un principio dual. Haciendo la distinción entre lenguaje y habla. La lengua es el aspecto social y codificado del lenguaje; se trata de una convención, de un sistema universal de signos y por lo tanto es un modelo abstracto de variadas posibilidades combinatorias de signos. El habla, es un hecho individual y concreto; es el conjunto de signos que sirve para expresar una idea, o sea el modo particular de utilizar la lengua.

La fonación es la combinación de un sonido concreto con su imagen acústica, dada dentro del ámbito del habla. La lengua impondrá las leyes de combinación de los sonidos. Por lo tanto, el signo lingüístico une un concepto y una imagen acústica o un significado y un significante, no una cosa y un nombre.

Este signo lo considerará arbitrario, por ejemplo, el concepto árbol no se vincula por una relación de causalidad a los sonidos á-r-b-o-l. Es arbitrario y mutable, debido a que puede darse un desplazamiento entre la relación significado y significante.

La idea de estructura fundamentada por Saussure pasa a influenciar a varios pensadores, pero en especial a Lévi-Strauss. Lévi-Strauss a partir de su obra capital “Las estructuras elementales del parentesco”, 1949, afirma la existencia de los sistemas de signos como objeto de la antropología. Es decir, el lenguaje mítico, los signos orales, los signos gesticulares, los signos rituales, las reglas de matrimonio y parentesco.

El estructuralismo de Lévi-Strauss remite a Saussure y Jakobson, en donde lo relevante es la relación del significado con el significante. Considera a la fonología como punto inicial de las ciencias sociales, ya que permite establecer la noción de sistema. En donde se relacionan entre sí a los fonemas - unidad mínima de sonidos -, los gustemas - unidad mínima del gusto -, los mitemas - unidad mínima significativa que componen los mitos - y los átomos de parentesco; y su comportamiento se predice basándose en las reglas de la lingüística estructural.

Lévi-Strauss dice “Como los fonemas, los términos de parentesco son elementos de significación; como ellos, adquieren esta significación a condición de integrarse en sistemas. Por lo tanto, las relaciones de parentesco forman sistemas, con estrecha relación entre sus elementos, en donde la modificación de uno de ellos implica la modificación del sistema.”

Los modelos se transforman, cambian; lo que se mantiene inmutable son las leyes de transformación. Es necesario mencionar que todo sistema de parentesco se compone de un sistema de denominaciones, que es un sistema de vocabulario -(madre, padre, tío, primo - y un sistema de comportamientos, de naturaleza psicológica y social - derechos, deberes, hostilidad, etc.- .

Desde las producciones de Saussure y Lévi-Strauss, podemos conceptualizar la noción de estructura en Lacan. Si bien se apoya en estos pensadores, produce su propio estructuralismo. Podemos partir de la hipótesis de que el lenguaje es constitutivo de la

cultura y que el sujeto está tejido por la trama del lenguaje, abordando la concepción de un inconsciente estructurado como un lenguaje.

El sentido que Saussure le brindaba al significado y significante es de otro orden en Lacan. Debido a que instala la supremacía del significante; esta diferencia tomará fundamental importancia en la escucha analítica. Si un analizante nos relata un sueño, lo que captamos son cadenas de significantes, y no significados, que son siempre escurridizos.

Lacan introduce, en su retorno a Freud, conceptos de la lingüística y de la antropología estructural, pero de un modo particular, para adecuarlo al campo del psicoanálisis. Cuando Lacan comienza a conceptualizar el orden simbólico, como constituyente del sujeto, equivale prácticamente al concepto de estructura. Señalando que la estructura es inseparable del lenguaje y asociando al lenguaje con la llamada ley de alianza, que es lo que Lévi- Straus había descubierto en las “Estructuras elementales del parentesco”.

Lacan dice: “la ley primordial es aquella que reglando la alianza, superpone el reino de la cultura al reino de la naturaleza, librado a la ley de acoplamiento. La ley de alianza en psicoanálisis se llama complejo de edipo.” El Edipo es el eje subjetivo en torno al cual cada sujeto se organiza y su pivote será la prohibición del incesto.

A esta teorización de la estructura como idéntica al lenguaje, Lacan, agrega un elemento proveniente de Hegel y Heidegger: la muerte. También proveniente del concepto de ausencia-presencia en Freud. A partir de “La instancia de la letra”, esto será reemplazado por un concepto de estructura idéntico a estructura del significante. Pero previamente en el Seminario II, Lacan dice: “Es característico del orden simbólico el presentarse como universal formando una estructura dialéctica, que se sostiene que es completa”.

En el Seminario III, produce modificaciones importantísimas diciendo: “La estructura es un conjunto de elementos que forman un conjunto co-variantes de elementos”. Vemos que de una definición a otra desaparece la referencia a lo dialéctico y a lo universal y habla de un conjunto de elementos. Lo universal permanecerá a nivel de la estructura,

pero reducido al concepto lógico de universo de discurso. Por otro lado, la idea de una estructura completa, también queda cuestionada a partir del seminario III, debido a que en la investigación de las psicosis descubre que en la estructura puede haber faltas.

Esta noción de la falta en la estructura es algo que diferencia a Lacan de todos los estructuralistas. Esta falta se sitúa a nivel de la estructura significante, es decir en el sujeto que habla puede faltar un significante. Este lugar vacío es central en la estructura y permitirá la transmutación entre los elementos.

De lo que se deriva a que los elementos simbólicos no valen por si mismo, sino por ser co-variantes, del valor de un elemento depende los demás, estando presente el vaciamiento, o sea la ausencia de significado o de todo sentido. Un término puede tener cualquier significado, no tienen una significación fija en el inconsciente. La significación será un efecto de estructura.

El lenguaje como estructura preexiste al sujeto, se apropia del sujeto y ese lugar de los significantes, Lacan, lo denominará Otro (A). El sujeto del inconsciente se forma en relación a este Otro del lenguaje, que estará barrado, es decir que por estructura nunca está completo y esa falta hace a la castración misma. Esta falta en la estructura, que tiene que ver con la castración, permitirá que el sujeto aparezca como deseante.

Sobre el final de la enseñanza de Lacan, la estructura toma la forma del nudo borromeo, en el cual se articulan el orden simbólico, imaginario y real. El nudo de borromeo consiste en anudar tres redondeles y que al romper a uno de ellos, se deshace el nudo. En el campo clínico esto toma fundamental importancia, ya que el sujeto habla pulsionado por el deseo y “sufrir” de eso que se llama inconsciente. Lo cual implica comprender la relación entre la estructura significante y el deseo inconsciente.

Estructura en psicoanálisis

La estructura es mucho más que un conjunto, más que la suma de las partes. Se trata de la forma particular en que interactúan los elementos, cada uno tendrá una función que sólo existe en relación con los otros elementos.

Estructura proviene del latín *struere*, y significa construir. Tiene que ver con la distribución y orden de las partes de un todo que sólo puede entenderse en función de su disposición y relaciones. Se refiere a un mundo de reglas, un orden especial, cuyas reglas tienen que ver con el funcionamiento especial de dicha estructura. Cada estructura tendrá un sentido, es lo que le da valor a la estructura, lo que tiene que ver con la combinación especial de esos elementos.



También la estructura psíquica es mucho más que las tópicas, los sistemas. Apunta a lo que se ve e igualmente a lo que no se ve, que sólo se explica por la relación especial que se da en los elementos de la estructura. Tenemos un inconsciente eficaz que no se define desde su existencia sino desde su insistencia. El sujeto se va estructurando, estructura como nunca del todo cerrada – obturada, en definitiva – permitiendo movimientos en la misma. Se va estructurando alrededor de dos conceptos fundamentales en psicoanálisis, el inconsciente y la castración. Se

estructurará alrededor del pivote que es el complejo de Edipo, formador del psiquismo, ya se trate de las neurosis, de las perversiones o de las psicosis, bien porque la estructura, el sujeto, nade en ello – las neurosis -, se enfrente a ello desde una posición de goce – las perversiones -, o bien esté fuera de la estructura edípica – en las psicosis -.

El Edipo en Lacan tiene que ver con las relaciones intersubjetivas, con una estructura intersubjetiva particular en cada núcleo familiar, con lugares, que hacen a los roles. Estos roles se dan en función uno de los otros. Se forma así un entramado familiar un mito familiar. Permite circulación entre personajes. Existe algo que circula que va más allá de los personajes y que nomina un lugar de valor y de sentido. Es alrededor de este concepto de valor lo que dará sentido a la estructura edípica específica en cada entramado familiar. Esta es la noción de falo. Nombra la falta, la incompletud y de ahí su valor vale en tanto se puede perder, o se puede tener, y por lo tanto puede ser deseado. Lacan divide el Complejo de Edipo en tiempos. Un primer tiempo en donde el niño es el falo de la madre, lo es todo para ella. En este tiempo el niño se identifica con ser el falo para su madre por lo que se identifica con el deseo de la madre y Es el falo de la madre. Es en este tiempo constitutivo donde se da el estadio del espejo como formador del yo.

Lacan plantea la estructura psíquica compuesta por registros, no habla de sistemas ni de instancias sino de tres registros dentro de los cuales se van inscribiendo las vivencias. Estos son lo imaginario, lo simbólico y lo real.

<u>REAL</u>	<ul style="list-style-type: none"> •Diferencia entre la realidad y lo Real. •Se inscribe como imposible. •No cesa de no escribirse.
<u>IMAGINARIO</u>	<ul style="list-style-type: none"> •Identificaciones primarias •Narcisismo •Fantasías •Realidad psíquica •Imagen de sí

<u>SIMBÓLICO</u>	<ul style="list-style-type: none"> •Ley •Orden •Significantes.
------------------	---

Estos registros se anudan de forma particular dependiendo de cada estructura, en relación a la falta a ese hueco que permite la movilidad de la estructura y que se gráfica en Lacan con el nombre de a.

El inconsciente

El psicoanálisis es el descubrimiento de un ámbito, el del inconsciente, y de una dinámica que se desarrolla en ese ámbito, urdida totalmente alrededor del Complejo de Edipo, y, en particular, de su momento esencial, la castración. Ésta regula el deseo tanto el varón como en la mujer, determinado para ésta última su salida y para aquel su entrada.

Nuestro objetivo consiste en mostrar que el Edipo no es el mito en el que se revelan sus líneas de fuerza y menos aún el drama por él determinado en la experiencia vivida de cada uno, sino una estructura de acuerdo con la cual se ordena el deseo en la medida en que constituye un efecto de la relación del ser humano, no con lo social, sino con el lenguaje. El hecho de que tales efectos se dibujen de acuerdo con líneas anatómicas, en el sentido etimológico del término, es algo que, lejos de ser impugnado, va a aclararse, eso deseamos, en lo que sigue.

Al afirmar que el inconsciente es un ámbito ratificamos el hecho de que Freud presenta su doctrina acerca del tema como una doctrina tópica. Se trata de una metáfora, pero ésta significa que, más allá de todo lo que constituye nuestra relación con el mundo,

existe Otro ámbito. Tomar en serio una metáfora supondría tomarla al pie de la letra, y entonces nos interrogaríamos sobre este Otro ámbito. Para adentrarnos en ello, nos guiaremos por el texto de Freud de “Proyecto de una psicología para neurólogos”. Nos encontramos con una serie de paradojas: Los llamados procesos primarios, en los que Freud descubre lo que podemos denominar el régimen del inconsciente y que por esto se consideran que están sometidos al principio del placer, apuntan a una identidad de percepción; no sólo a lo que fue percibido una primera vez, a su retorno, sino a su retorno con el cuño de la primera vez. Puesto que la percepción se sitúa del lado de la conciencia, es preciso afirmar que es el principio de realidad quien gobierna el desarrollo mismo de los procesos primarios.

Los procesos secundarios, en los que se lleva a cabo el funcionamiento del principio de realidad, apuntan a una identidad de pensamiento. Una hipótesis fundamental del Proyecto consiste en sostener que el pensamiento es por su naturaleza inconsciente o que el pensamiento es posible sin que ningún ‘yo pienso’ se introduzca en él o pueda hacerlo retroactivamente. Los procesos de pensamiento caerían, por consiguiente, bajo el gobierno del principio del placer.

Otro problema surge en el plano de la oposición de ambos principios. Aparentemente, el principio de realidad, lejos de oponerse al del placer, lo prolonga o lo salvaguarda al asegurar su adaptación a las exigencias de la realidad. Entonces, el principio del placer sería en definitiva el único que regula las acciones humanas. Cuando el “Proyecto” se refiere a la realidad ya se trata de un más allá del principio del placer.

Afirmar que el deseo tiende por naturaleza a la alucinación de su objeto es una proposición cuya extrañeza subraya su carácter completamente fundamental en la tópica freudiana. Freud se apoya sobre su experiencia en la interpretación de los sueños.

Puesto que hay dos ámbitos, y sólo dos, la afirmación de acuerdo con la cual los procesos primarios apuntan a una identidad, fallida, de percepción, sugiere la idea de que lo que

no se vuelve a encontrar en la realidad perceptiva es lo que se encuentra - más concretamente, significarse - en el inconsciente.

Si el principio del placer y el de realidad son un solo principio, tenemos ante nosotros una pregunta fundamental; y es en qué consiste el más allá del principio del placer. Como en el inconsciente sólo se trata del deseo, estamos obligados a responder que el deseo es el más allá del principio del placer o bien que es el principio de realidad en tanto éste no se reduce a la realidad perceptiva.

La experiencia y la doctrina freudiana nos revelan que sólo la ley de prohibición del incesto, en tanto funciona en el inconsciente como una ley de castración determina el acceso al deseo genital o al objeto. Esta cuestión nos invita a reconocer en la Ley el principio de realidad. O bien la Ley se opone al deseo, y en tal caso la discordancia en la doctrina psicoanalítica será insuperable, o bien el deseo es la Ley, cuestión a la que apuntamos.

Afirmar que la representación a la que se refiere el deseo inconsciente no es nunca la que el psiquismo alucina, que reproduce un objeto de necesidad, sugiere que la excentricidad del deseo respecto de la conciencia y su irreductibilidad a la necesidad constituyen en sola propiedad del deseo freudiano. El deseo está relacionado muy estrechamente con los efectos que produce la demanda o la palabra.

Las paradojas antecedentes nos conducen a una perspectiva coherente; la que nos autoriza a considerar el ' Proyecto ' como el primer escrito en la historia del pensamiento que concierne a los efectos del lenguaje sobre la estructuración de la subjetividad. Tales efectos se indican en el hecho de que el lenguaje introduce una carencia, la de ser. Y ello nos pondrá en la senda de articular de qué manera el deseo se engendra en una relación peculiar no con el mundo, sino con aquella carencia, relación que consiste en que el deseo establece la carencia de ser, y le da cuerpo. Ello, igualmente,

nos ayudará a entender por qué es necesaria una Ley que al asimilar la imagen del órgano del goce del hombre a una pérdida, introduce la carencia incluso allí donde no existe.

Las leyes del hedonismo son tan capitales que los filósofos pudieron limitar su dominio, pero nunca negarlo del todo. La reflexión ética subordina la actividad del hombre a la búsqueda de su bien, aún cuando distingue ese bien de todo aquello que se realiza en la experiencia humana como placer o comodidad. En esta perspectiva, el problema que se desprende del examen del proceso primario nos conduce hacia la refutación del hedonismo que supera con mucho todo lo que éste haya podido sufrir por parte de cualquier sistema filosófico. El sujeto no sabe, en principio, qué es su verdadero bien o la representación de su deseo, e incluso tampoco si existe.

El proceso primario recibe su peso bajo las afirmaciones freudianas de que el sueño es una realización alucinatoria del deseo y de que esta alucinación no viene nunca después de un conocimiento cualquiera de la representación del deseo, profundamente ignorada por el sujeto, sino que es ella la que hace posible semejante conocimiento a posteriori.

Toda la actividad humana se encuentra sometida a la tendencia a volver a encontrar la misma cosa en la forma de la identidad de la percepción, tendencia que siempre está condenada a perder esta cosa, puesto que lo que es alucinado en la conciencia no es nunca lo mismo que la representación del deseo, aunque permite inferirlo.

Hay una representación de deseo que Freud aísla simbólicamente mediante la letra D, a saber, el carácter sexual de una de sus pacientes, Irma. Esta representación se había transformado en una tesis, una proposición afirmativa singular que no tenía nada de inconsciente. Lo que sí lo era es el deseo que había presidido esta promoción. La interpretación de este pasaje del sueño se limita a establecer lo optativo: lo inconsciente no era la representación sino la cantidad con que estaba catectizada; la cantidad era el deseo.



Nos podemos interrogar, entonces, qué significa la realización de un deseo en el sueño. Observemos que creer o sostener que la enfermedad de Irma es una enfermedad sexual, es una cosa; soñar con ello, es distinto. Porque a partir de ese momento nada garantiza que el sujeto no soñaba ya cuando lo

afirmaba. El sueño de Irma es un alegato a la defensa. Lo que se revela en este pasaje del sueño es aquello en virtud de lo cual se produjo el error acerca del asunto; algo que podemos denominar la atracción de la falta, y, por ende, la castración.

Mientras que Freud se limitaba a decir que la enfermedad de Irma dejaría de existir en tanto se cercenase su viudez, el ambiente que la rodeaba también insistía en la misma cuestión, e incluso las voces autorizadas de Charcot y de Schorback. En el sueño, en cambio, es algún otro quien lo dice, o mejor, quien mediante ello se significa: un sujeto que no es ninguno de esos otros y a quien podemos llamar el Otro. La novedad que se produce en el sueño es un mensaje cuyo sentido sólo se realiza en el momento de la interpretación en el cual ese sentido retorna al sujeto a partir de quien lo escucha, recibéndolo el uno por haberlo dado y dándolo el otro por haberlo recibido.

El orden del proceso primario es el de la significancia. Orden de hallazgos, donde el sujeto es siempre sorprendido por lo que se encuentra. La significancia se produce allí donde el sujeto no sabía, y no allí donde existía un sentido oculto. El proceso primario, siguiendo a Freud, permite inferir de lo consciente a lo inconsciente, de lo conocido a lo desconocido. Lo conocido es aquello que se designa y se organiza mediante palabras. Si sólo existiera lo conocido o si el sujeto sólo estuviera allí donde se indica, coincidiría tan perfectamente con los correlatos que sus designaciones intencionan u opinan.

El lenguaje, sin el cual nada se designa, revela una profunda antipatía respecto de la designación de aquel que como tal designa, es decir aquel que podríamos denominar el puro sujeto, esto es, el sujeto que habla. Si sucediese de otra forma, desaparecería la distancia que hace que en todo acto de habla intervengan dos procesos, aquello que los lingüistas distinguen como proceso de la enunciación y proceso del enunciado. El descubrimiento del inconsciente significa que el sujeto “no sabe” lo que hace al hablar. Significa que el sujeto no puede, al mismo tiempo, significarse y significar su propia acción de significación.

Esto nos lleva a afirmar que existe un deseo porque existe lo inconsciente; lenguaje que escapa al sujeto en su estructura y en sus efectos, y porque en el nivel del lenguaje siempre hay algo que está más allá de la conciencia, es allí donde puede situarse la función del deseo.

En el “proyecto” Freud aborda la experiencia de satisfacción. Y repara que el organismo humano, que por su parte parece destinado a la vida, se encuentra desprovisto en sus comienzos de todo medio para llevar a cabo cualquier acción sobre el mundo exterior; es otro el que realiza para él la acción específica – por ejemplo, el alimento -. “Cuando la persona auxiliadora ha realizado para el ser impotente la acción específica necesaria, éste se encuentra en condiciones de realizar inmediatamente, gracias a sus posibilidades reflejas, en el interior de su cuerpo lo exigido para la supresión del estímulo endógeno. El conjunto de este proceso constituye ‘una experiencia de satisfacción’ que tiene consecuencias importantísimas en el desarrollo funcional del individuo”.

La nueva definición de la acción específica en el ser humano es aquella cuya fórmula completa será presentada en carta 52 por Freud: “El ataque histérico no es una descarga, sino una acción y conserva el carácter original de toda acción: el de un medio para la reproducción del placer”. Y este proviene de allí donde el objeto es esperado. pero allí

donde es esperado, es alucinado -y en esto consiste la función primaria del sistema neuronal -.

De donde surge la nueva deducción de la función secundaria, fundada en la necesidad de un segundo sistema que no se opone a la función primaria de manera de asegurar la adecuación natural del ser viviente, sino que va en contra de la inadecuación profunda de ese ser viviente, y que incluso la corrige puesto que por su propia inclinación éste marcha hacia el engaño, hacía el error. Corrección muy precaria quedando a merced del proceso primario. Por tanto, el proceso secundario sólo tiene éxito a condición de que el proceso primario sea atemperado. Por tanto, este sigue siendo soberano.

La realidad es precaria. Freud impugna la realidad. Esta impugnación no se reduce a la doble subjetivización a la que Freud somete a la realidad. Hace funcionar a los órganos sensoriales como “pantallas”; tampoco se reduce a la asignación de la medida de la realidad al sujeto, en el sentido del sujeto del conocimiento. La raíz de la impugnación reside en la omnipotencia de la representación, con la afirmación freudiana de la supremacía del proceso primario, arranca a la representación a la función del conocimiento que se atribuía tradicionalmente.

Freud nos indica que “el organismo humano, en esos estadios precoces es incapaz de provocar esta acción específica que sólo puede ser realizada por una ayuda exterior y en el momento en que la atención de una persona muy al tanto se dirige al estado del niño. Este último la ha alertado mediante una descarga producida por la vía de alteraciones internas -por ejemplo, mediante los gritos del niño.

La vía de descarga adquiere de esta manera una función secundaria de gran importancia: la de la comprensión mutua. La impotencia original del ser humano se convierte así en la fuente primaria de todas las motivaciones morales “. A esta comprensión, Freud le asigna un límite: la persona auxiliadora se divide, irremediablemente, en dos; una de las cuales se entrega a la comprensión, y la otra permanece opaca.

Freud, en el “Proyecto”, introduce la función del grito: “Existen en primer término objetos – percepciones – que hacen gritar porque provocan un sufrimiento. Es un hecho muy importante advertir que esta asociación de un sonido – que provoca también imágenes motrices de los movimientos del propio sujeto - con una percepción que es ya de por sí un complejo, pueda aumentar el carácter hostil del objeto y servir para dirigir la atención hacia una percepción. Nuestros propios gritos confieren su carácter al objeto, mientras que de otra manera, por causa del sufrimiento, no podríamos tener ninguna noción cualitativamente clara de él”. Con esta idea, Freud se orienta hacia la generalización de que en la medida en que recibimos de los otros imágenes verbales, palabras, captamos algo de los procesos que nos habitan, siendo por naturaleza procesos inconscientes.

Por el grito, el objeto se presta a la atención como tal, como objeto. Por y en el grito hay simultáneamente atención y presencia a la atención de aquello que de otra manera volvería a su estado de percepción ‘muda’, inseparable de la oscuridad cualitativa del dolor. “Supongamos, escribe Freud, que el objeto proporcionado por la percepción es un semejante, es decir, otro ser humano: el interés contemplativo que a él se aplica se comprende además por el hecho de que semejante objeto es al mismo tiempo el primer objeto de satisfacción, y también el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. De tal manera, que en la relación con su prójimo aprender el ser humano a conocer.

Los complejos perceptivos que emanan de ese prójimo serán en parte nuevos e incomparables, tal como en la esfera visual lo son sus rasgos; pero otras percepciones visuales, por ejemplo, los movimientos de su mano coincidirán en el sujeto con el recuerdo de ciertas impresiones visuales totalmente análogas provenientes de su propio cuerpo. Lo mismo sucede en el caso de las otras percepciones: por ejemplo, sus gritos despertarán en el sujeto el recuerdo de su propio grito y al mismo tiempo su experiencia de dolor.

De esta manera el complejo del prójimo se divide en dos partes, una de las cuales se presenta como una estructura constante y replegada sobre sí misma, permanece como Cosa, mientras que la otra se deja comprender mediante un trabajo de rememoración. En otras palabras, se deja reducir al anuncio de un movimiento del propio cuerpo “.

Ese núcleo que permanece extraño a todo lo que el hombre puede asimilar así mismo de aquello que Freud designa con un término alemán que designa al mismo tiempo la identidad y la separación radical, ese límite asignado a todo lo que puede captar o comprender de su prójimo, esa barrera divide necesariamente al propio sujeto, porque de su prójimo recibe las imágenes verbales o las palabras con las cuales se comprende. Por tanto, un sujeto que habla es otro.

En la carta 52, Freud habla de otro prehistórico, inolvidable, y al que nada consigue igualar jamás. Es aquél que en el plano de la representación no existe y a quien, sin embargo, todos los procesos psíquicos tienden a reencontrar. Los dos textos, el del “Proyecto” como “la carta 52”, son convergentes, conduciendo al concepto de un más allá de la imagen verbal y de la imagen, a secas: este más allá representa la ausencia en la que estamos.

Este más allá es un afuera que nada tiene que ver con el afuera perceptivo, puesto que establece su término y su orientación, pero también es un vacío interno en torno al cual gravita el movimiento de las representaciones de acuerdo con el principio del placer. Zona en la que el ser se indica como lo que es: un no-ser que no es por ello menos constituyente de la realidad en tanto poco de realidad. Cosa perdida puesto que se resuelve en re-presentaciones, cuando en ese plano de la representación no es nada. Pérdida a fuerza de proximidad, puesto que el sujeto no es nada. La Cosa es el motor del proceso primario, así como del fracaso e incluso de la aporía a que conduce en cuanto apunta a una identidad de percepción.



Según el “Proyecto”, la satisfacción se presenta como el efecto de la operación del objeto real – el seno, por ejemplo – en cuanto ese hace cesar la acumulación de las excitaciones endógenas, es decir, la necesidad. Pero todo el peligro del proceso primario

reside en el hecho de que conduce, en forma de alucinación, hacia una toma de lo falso que, al igual que en el caso de una toma de lo verdadero, desencadena un índice de realidad; de donde surge la incitación hacia el acto reflejo con la decepción que es su inevitable resultado.

El seno es buscado como algo con lo que el sujeto puede satisfacerse, en la medida en que se trata de una representación en la que el objeto es reencontrado. Pero el niño no espera encontrarlo como tal, sino que tiende a volver a encontrarlo, no porque desprecie la realidad. El peligro reside, pues, en la posibilidad de que una satisfacción fundada en el re-encuentro venga a imponerse en el psiquismo su ley, su ley primaria.

Esta ley se introduce allí donde existe el lenguaje. El lenguaje hace que, antes de ser una cópula, el ser sea retorno. Porque para ejercer sus efectos en el organismo, un objeto real no tiene necesidad alguna de ser simbolizado ni de que el sujeto tenga la menor conciencia de él. El hecho de que sea real no basta para que sea. Lo real es autosuficiente, precede al conocimiento.

El lenguaje no sólo hace que el conocimiento del ser como tal se instaure, sino que hace que anteceda a todo conocimiento; antes de cualquier forma de conocimiento en cuanto a su realidad, el objeto es. Como todo lo que es, es por el hecho de venir al lugar en donde

es esperado y donde es esto o aquello, y esto mismo o aquello mismo. Y lo que es, es necesariamente verdadero y con una verdad igual.

Si existe una satisfacción fundada en el reencuentro, ella no sólo entra en conflicto con la satisfacción de la necesidad, sino que llega a ser inversamente proporcional a ella. En la medida en que el seno real tiende a calmar las excitaciones endógenas, frustra al sujeto en cuanto al seno en el cual puede descansar verdaderamente. El seno en el cual presencia y ausencia están finalmente cerca, interpenetrándose.

Aquel que al proyectar su sombra sobre aquello que de otra forma sería menos que una sombra lo arranca de su hic y nunc; aquel alucinado en verdad por un aparato psíquico que con su voto lo llama, víctima en adelante de un deseo eternizado cuya causa está perdida e incluso si su objeto se vuelve a encontrar muchas veces. Así, el niño saciado vuelve a soñar con él, porque el deseo comienza allí donde la necesidad está satisfecha.

El deseo es verdad. Una verdad virulenta que cuando no logra significarse – articularse - en el lenguaje común, llega incluso a sorprender al yo en el proceso primario en el cual lo reprimido retorna. Aquello que funda la excentricidad del deseo respecto de lo que se alucina, su no coincidencia con todo lo que se juega en el campo de nuestra conciencia es el hecho de que la representación es aquello en lo cual se resuelve la relación del deseo, no ya con el objeto, sino con la Cosa. Al habitar la Cosa, el deseo es aquello que se retira y se priva de todo hallazgo para volver a deslizarse, con todo el cuerpo, entre percepción y conciencia, Por esta razón es imposible representarlo con éxito mediante una proyección neuronal sobre un solo plano, como lo intentaba Freud. La Cosa es ruptura, con el bien, pero también vínculo de búsqueda con el mundo, sin que el hombre pueda encontrar en él un sitio para estar. De esta manera, para volver a integrarlo a él, para preservar su deseo de un perpetuo precipitarse en la representación en el que no haría más que estrellarse, y volver e encontrarse con la insatisfacción, para vincular su ser,

le es impuesto un renunciamiento que equivale en suma a escoger entre su demanda y su deseo.

La subversión que el psicoanálisis introduce, en materia de ética, reside en afirmar que el Soberano Bien no existe. La Madre está vedada.

La Castración

Se tiende a concebir el deseo de la Madre como una relación de objeto, como un deseo hacia la Madre, o del cual ésta es objeto. Si sólo fuera así no se comprendería por qué los sujetos en quienes el deseo incestuoso se manifiesta a flor de piel no son aquellos cuyo tratamiento promete ser el menos prolongado. En cambio, se trata de un hecho, no tardando en advertir que en tal caso estamos en presencia de pacientes que, no menos que los otros, son presa de la angustia – y por tanto sujetos a ser analizables - que el sujeto en el límite extremo de sus tendencias siente, no por la separación con respecto de la Madre, sino a causa de que la barrera de prohibición que debe separarlo de ella está a punto de derrumbarse.

La Madre está vedada porque el deseo de satisfacción de la Madre significa el fin y la abolición de todo el mundo de la demanda; o bien el sujeto se aviene a ese renunciamiento, a esa Deuda que no ha contraído, y a partir de la carencia que de esta manera se arraiga, el deseo estará en condiciones de dirigirse hacia el objetivo, en condiciones de alcanzar la demanda, aquella en la que el sujeto compromete su fe. En condiciones de hacerse reconocer – y la Ley no tiene en última instancia otro sentido que la preferencia que debe darse a una mujer distinta a la Madre, o bien el sujeto se niega a ello, en cuyo caso la demanda será siempre demanda de la Cosa o de la Otra Cosa; es decir, en el fondo demanda de una privación, y el sujeto estará de forma continua expuesto a la angustia de que no le falte la carencia.

Freud señala la angustia como emergencia en tanto señal de separación; respecto del seno materno, respecto de la Madre, considerada como objeto, respecto del pene, y finalmente, respecto del amor por el superyó. La nostalgia del seno materno no es angustiante, su inminencia lo es. Lo que angustia al niño no es la alternancia de la presencia y de la ausencia de su madre, sino el hecho de que la madre no lo deje. Para él sólo hay angustia de castración allí donde hay tentación; esto, presencia de deseo materno hacia él. En la relación con el superyó, se coloca en el primer plano miedo a tener demasiado éxito. En todos estos casos, la angustia no es la carencia, sino la falta de ella en tanto sostén.

No podríamos elucidar el deseo de la Madre, sin subrayar lo que nos revela el análisis acerca de los motivos de los daños producidos por la posición incestuosa. Cuanto más se hace sentir esta posición en un sujeto, más riesgo corre de convertirse en un títere viviente de un sujeto cuyo deseo es la Madre. El deseo hacia la Madre está sustentado por un deseo de su deseo. Como último deseo permanece opaco para el sujeto – también para la Madre porque es inconsciente -. Y el deseo de deseo se reduce a un deseo de demanda. El amor cortés deja traslucir esta estructura: sus técnicas apuntan más a la creación de lo que podríamos llamar un objeto enloquecedor, un objeto cuyas exigencias – en cuanto a pruebas -, tienden a no tener límite en el sentido de la crueldad. La mejor manera de caracterizar la posición neurótica consiste decir que el sujeto intenta adecuar sus deseos a las demandas del Otro, hasta el punto de que la realidad de su deseo se reduce a tal demanda: el quiere que el Otro le demande algo. En el caso de los sujetos prepsicóticos, se hace patente la angustia de dejarse devorar por lo terrorífico que más allá de toda reducción a la demanda, se conserva siempre en el deseo del Otro.

El deseo del deseo, que es un deseo de ser amado, recibe la forma de lo acabado determinando cierta carga de imagen especular que la teoría analítica ha descrito como narcisista. Y si el amor entraña siempre el querer ser amado, una manera sencilla de satisfacer ese deseo consiste precisamente en amar. Esta sustitución del amado por el

amante constituye el motor de la transferencia positiva, tal como lo deduce Lacan. En la medida en que el narcisismo domina la economía libidinal, el objeto sólo es escogido en la medida en que el yo se refleja en él, en la definición de “es a mí a quien veo cuando lo miro”.

El amor por el objeto, yo ideal, es intercambiable con el que el sujeto dirige hacia sí mismo. Lo fundamental es que esa relación de amor que une al sujeto con su propia imagen y que mediatiza sus relaciones con sus objetos, es a su vez una relación que está mediatizada por el amor que le testimonia otro ser real; lo que Lacan ilustra al invocar el gesto del niño que se vuelve hacia la persona que lo sostiene delante del espejo, como para recibir de ella un signo que rectifique esa imagen que él mismo tiene que ratificar como suya.

Si esta mediación faltase, si la pasión del hombre por su propia imagen fuese una pasión sin mediación, si la verdad de su deseo, en lugar de establecerse en Otro Ámbito, se redujeres a la formula hegeliana del “deseo de reconocimiento”, entonces quedaría excluida toda posibilidad de mediación por la palabra, y la pregunta acerca de la posibilidad del análisis estaría condenada a quedar sin respuesta.

Sólo existe una única vía por la cual la madre introduce al niño en el orden simbólico, o un solo sentido que éste puede recibir de ella, aquel que le sobreviene por la castración de ella, en cuanto él representa lo que ella ha perdido, el falo; y en la medida en que él reemplaza para ella esa pérdida, ella se satisface. Pérdida de lo que ella nunca ha poseído. Esta es la razón de que por más lejos que el comportamiento de la madre pueda ir en el sentido de la perversión, la imagen de ese objeto perdido para siempre, nunca, y es preciso remarcarlo, se reduce completamente para ella a la del niño. Y también éste intenta revertir sobre sí mismo la imagen de aquello que en los estadios precoces de su desarrollo sólo puede descubrir como el enigma de aquello que él representa para ella, de aquello por lo cual es amado, y de lo cual se siente desposeído como de su propio ser.

En esta etapa su deseo es el deseo de la madre en el sentido de que en torno a la castración de ésta se establece su carencia de ser. De esta manera – que por el hecho de responder a sus demandas se le aparece con el atributo de las omnipotencias pensemos en la paradoja siguiente: el niño llora, grita, algo le sucede, y la madre interviene, pero ¿cómo?... a través de ensayo y error; realmente no sabe. Y en cambio el niño lo capta en este lugar de omnipotencia porque, ciertamente, en una de esas resuelva la cuestión y acude a su demanda.

Es fuente de todas las donaciones y su presencia se erige sobre un fondo de ausencia, apareciéndole con el atributo de la totalidad – esperará el niño aquello de lo que se siente desposeído. Esta expectativa recae en demandas, sin que ningún objeto real pueda constituir una respuesta adecuada a una carencia que se enrolla en torno a un objeto imaginario. Y cuanto más coloca a la madre en lo esencial de los intercambios, en el plano de los llamados cuidados, más lo frustra, ya sea con cualquiera de los estilos posibles de realización, respecto de la única donación que en rigor lo contaría, y que justamente no es la donación de lo que ella posee, sino de lo que no posee, esto es, de su carencia o de su amor.

Este valor simbólico es el auténtico contenido de “la madre buena”, que no hay que confundir con “la madre nutricia”. Ninguna donación, aunque se trate la del amor, sacia completamente la no saturación simbólica. Que el deseo del niño sea el de la Madre el sentido subjetivo del genitivo dice que la relación entre ellos no fue nunca una fusión-evidentemente, salvo en el fantasma -, ni tampoco una complementación que se realizaría bajo el signo de un presunto primer amor. Una carencia que es interior a cada uno de ellos y que es la misma tanto de un lado como del otro.

La Deuda, ya señalada, va a establecerse alrededor del significante fálico. Durante la fase fálica, donde el niño advierte que la carencia de su madre tiene alguna relación con el falo, la carencia se organiza como castración. Al revés de lo que sucede en el mito

freudiano de la horda primitiva, esta castración no necesita ser real, porque el deseo edípico aparece a una edad precoz, porque falta la potencia, fomentando la omnipotencia.



Por consiguiente, basta con una castración simbólica, cuyo objeto es imaginarlo. Si se trata de una niña, ella tiene que admitir que no tiene aquello que precisamente nunca ha poseído. Si se trata de un chico, usarlo, salvo con la condición de no serlo, es decir, de

renunciar a los intentos de identificarse con un objeto que, si realmente le falta a la madre, no le falta sin embargo en tanto objeto real. La carencia de ser encuentra su fundamento en del nivel deseo genital en una Deuda que es agravada por cualquier 'pago', puesto que con ella el sujeto debe esa misma carencia en tanto se inscribe como castración, cuyo trazo invisible se traza den virtud de la imposibilidad, idéntica para el hombre y para la mujer, de ser el falo y de poseerlo.

Si en la relación con la madre sólo se presenta la significación fálica, el sujeto estará atrapado en una interrogación paranoide acerca de su insuficiencia y su suficiencia. Por ello es necesario que en el curso de la fase fálica que la Ley encuentre algún apoyo. La función del padre real es una función mediadora, no consiste en oponer la Ley al deseo, en el sentido de una limitación externa pura.

A su padre le debe el sujeto el reconocimiento en el cual el deseo se instituye; no se trata del reconocimiento del pene, sino de aquello que domina su vida libidinal en la fase fálica, dejándolo, en cambio sujetado más que sujeto.

En la primera parte del Edipo, digámoslo así, el muchacho se lanza a ser el falo. A partir de lo cual, o bien el sujeto se lanza a una búsqueda del arma absoluta, o bien se ve llevado, ya en una segunda etapa, a darse cuenta de que el deseo de la madre encuentra

el objeto de su satisfacción en su padre, preparándolo para un tercer momento, en el que descubre que su padre no posee en sí mismo la causa de su deseo, sino que al integrar su carencia ha alcanzado a ser padre.

En la medida en que se advierte que nadie es Padre salvo en sentido metafórico, la preferencia que lo hace identificarse con su padre no lo empuja hacia el Edipo invertido. Sin la plenitud de esta tercera etapa, el chico queda expuesto a los efectos de la cautividad homosexual y siente la diferencia que lo separa de su padre como superponible a lo que lo separa del otro sexo.

El análisis de la relación con la Madre no consiste, pues en desenterrar la historia de un amor reprimido. La ternura con la Madre es lo que normalmente se conserva de la relación Edifica, siempre aligerada de sus componentes sexuales. Este es el sentido más fundamental de la sublimación para Freud. Lo reprimido es el deseo de acostarse con ella.

Como todo deseo este recibe la forma de lo realizado en Otra escena, en la cual se establece la relación del sujeto que habla con el otro imaginario; en un fantasma cuyo alcance está cercano, vincularmente, al sentido de la función fálica en la economía libidinal. El análisis de la relación con la Madre consiste en dar a luz un fantasma, en engendrar los significantes que soporten en el sujeto las identificaciones constitutivas de un ideal del yo regresivo.

Lo propio de las neurosis reside, en que a falta de una suficiencia articulación del complejo de la castración en el inconsciente, el sujeto juega constantemente sobre la alternativa de ser o tener le falo. Así el hombre se apoya, en su toma de distancia ante lo que se presenta para él como ofrecimiento o demanda de la mujer, para constituirse como falo. En cuanto a la mujer le basta, para convencer de que lo posee, ya sea con rechazar hacia una posición masculina esta referencia al falo en la que se pone su ser, ya

sea en cambio con acentuarlo en una feminidad de “mascarada”, recubriendo a veces una rivalidad intensa con el hombre.

La carencia en la cual se indica el fracaso del Edipo es aquella cuya totalidad de la medida es captada en la ambigüedad que no deja de manifestarse en todo análisis en cuanto a lo que podemos denominar la localización del falo, que aparece unas veces como contenido en la madre, y otras como posesión paterna. Y esto último nos llevará hacia el odio del padre.

El odio del padre significa que todo aquello que tenemos que denominar como el espacio de la Cosa, si con esto entendemos en el cual el vacío del hombre, en su pregunta del deseo del Otro, se encuentra enfrentado con su demanda, más allá de la necesidad que en ella se expresa, no podría estar habitado por ninguna otra certidumbre que aquella del goce. Sade formula ley de este espacio:

“Préstame la parte de tu cuerpo que puede satisfacerme por un instante y goza, si te gusta, de aquella parte del mío que puede serte agradable”.

La ley sadiana quiere decir al mismo tiempo que una vez franqueados los límites que me hacen poner al otro como mi semejante, el cuerpo del prójimo se disgrega.

Podemos sostener, con Freud, que la Ley es la ley del padre después de su muerte y, no significa otra cosa, que lo que afirma Lacan, que ella es la del Nombre del padre. La fórmula completa del ateísmo, afirma Lacan, no es la que el Padre ha muerto, sino la de que éste es inconsciente. Aquí se encuentra el hombre, no diremos suspendido en el vacío sino vinculado con la Deuda antes de ser, con cualquier cosa diferente, en el momento en que la palabra lo constituye como sujeto que lo compromete en ella algo que se llama su fe. Antes de ser una regla del intercambio, la Ley es un fundamento de la ética de la Cosa. El deseo es extraño a la moral social y le es infiel, porque el hombre debe la fidelidad ante

todo a su carencia. Que el deseo sea Ley, no impide su reverso. La fórmula de Lacan significa que la Ley sólo está inscrita en el deseo. El odio del padre es sólo odio del deseo, porque este impone a cualquiera que intente acceder a él una elección entre el objeto y el falo.

El Edipo no es pues, el mito, sino la estructura que, por medio de la rivalidad, une al sujeto con un orden simbólico, subordinado a una sola e idéntica ley el advenimiento de la verdad y el del deseo. Pretender que la Ley es el origen de la represión e identificar la barrera de la prohibición del incesto con lo que separa lo consciente de lo inconsciente, entraña sostener una contraverdad. En la medida en que el Nombre del Padre, que es su representante, pudo conservar algún sentido para el sujeto, lo reprimido retorna. Hasta ese advenimiento, el sujeto, como tal, del deseante, permanece en el sufrimiento.

El paso que el neurótico no consigue dar es el que consiste en transformar su castración simbólica en la liquidación de la carencia del Otro. El goce, en efecto, es la respuesta al interrogante de la existencia. Respuesta no finalista, sino natural y con más razón, legítima. Desconocer esto entraña, desconocer lo que realmente somos: cuerpos y nada más. El objeto surge del cuerpo. Pero la neurosis entra en escena porque apoyándose en esta connaturalidad entre el cuerpo y el goce, el sujeto, llevado en este caso por un deseo ávido de saber, y cuya desmesura sólo se iguala con su ignorancia, va a fantasear ese goce para asegurarse del Otro.

La castración significa el reconocimiento de que es inútil buscar al sujeto que habla en el orden del ente, que el deseo es inconsciente, que es excéntrico con respecto de la conciencia, y que la representación alucinada no es nunca aquella a la que se refiere el deseo, aunque permita inferirlo- Significa el abandono del fantasma del sujeto que se supone que posee.

Estructura neurótica, perversa y psicótica

Una Estructura es la modalidad con la que un sujeto asume su sexualidad, sus impulsos agresivos y las características con las que se enfrenta al mundo o con las que decide no enfrentarse a él. Sabemos que la Estructura más común es la de la Neurosis, digamos que una persona neurótica es relativamente normal, puede tener sus baches afectivos, depresiones, o algún otro tipo de síntomas neuróticos, pero también sabemos que puede tener potencial para buscar un equilibrio interior que le permita funcionar con relativa tranquilidad y bienestar.

La sexualidad en una persona normal tiene un poco de todo, un poco de todas las perversiones, pero ciertamente encuentra su satisfacción con otro, un otro con características de madurez similar y sobre todo, en un tipo de relación que no sea destructiva o que atente contra la integridad física y psicológica de cualquiera de los implicados, en ese sentido cada pareja establece las coordenadas de su normalidad en su propia intimidad.

En la estructura neurótica encontramos los elementos del deseo hacia la Madre, incestuosos, el deseo parricida, los elementos intervinientes de la culpa, y como ya hemos comentado nada en el Complejo de Edipo. Su relación con la Ley del padre y la transgresión son importantes.

El renglón de la Paidofilia se inserta de lleno en la Estructura Perversa, descrita como un impulso erótico o libidinal dirigido hacia un infante, esta tendencia resulta de difícil control para el perverso que por otro lado puede tener una vida aparentemente normal, ser inteligente, culto, artista, buen padre, etc. estos atributos en nada menguan el deseo o la pulsión libidinosa, ya que esta carga de energía proviene de un desarrollo sexual anclado en última instancia en estados narcisistas muy arcaicos que han tomado en su desarrollo un camino diferente al que recorre la sexualidad normal que conocemos. Es por eso que la perversión es prácticamente imposible de modificar por métodos

psicoterapéuticos, incluyendo el psicoanálisis, que cuando mucho podría aspirar - dependiendo de las características del sujeto perverso-, a mantener limitadas sus tendencias.

La perversión se presenta como un montaje lógico que le aporta al sujeto perverso un modo reglado de su relación al goce. Este montaje constituye una respuesta frente a la castración que a través de una escenificación denuncia su posición en la topología del goce... es así mostración de esa intimidad con el goce que intenta producir una inscripción del sujeto. La obra de ha aportado nuevas luces a este universo, que ha adquirido nuevas nominaciones para mostrar la diferencia con las otras estructuras y ha permitido avanzar en la dirección de la cura hasta llegar a establecer y situar a la perversión como analizable e interpretable; y esto a partir de ubicar la pregunta que el perverso formula.

Es así que el sujeto perverso se interroga si le queda la chance de que algo haya escapado en la disyunción cuerpo-goce, que haya escapado a ser goce alienado, es decir, la chance de que todo el cuerpo no haya sido tomado en el proceso de la alienación... en ese proceso que desgarrar el cuerpo del goce. Es desde este punto que el perverso interroga la función del goce. Lacan decía, y la clínica lo prueba, que esa interrogación la produce sin jamás captarla mas que de una manera parcial. Pero aún mas porque si en el proceso de la alienación se produce la disyunción cuerpo-goce. El perverso buscará reencontrar el goce, pero no sabrá en eso que deviene, lo que hace como sujeto; y la mayor parte del tiempo queda a mitad de camino de aquello a lo que apunta - lógica del fantasma -. Se abre así la perspectiva para plantear. ¿Cómo el goce es manejable a partir del sujeto? Se intentará ubicar algunas cuestiones que señalan la posición del sujeto perverso como consecuencia de la operación de alienación y su impasse en la separación; razones que determinan el quedar petrificado en el ser de goce, tiempo esencial de la mayor desposesión subjetiva entregado a ese oscuro y opaco Amo de una voluntad de goce. ¿Qué logra con esta estrategia? Este Amo que se encarna en figuras que ocupan el lugar

del Otro introducen un punto de fijación del deseo. Dios, La Mujer, las jefaturas, las jerarquías eclesiásticas, políticas, psicoanalíticas. Es bajo esta encarnación que el perverso queda colocado en la posición de ser instrumento de goce, donde el Otro se significa como ser supremo en maldad. ¿Quién es fuera de esto? ¿Cuál es la medida de lo que queda por fuera de esto? ¿Cómo enfrenta lo insondable? Y ese inverificable del sexo que Lacan diagramó para todo sujeto.

La lógica que vemos diagramarse en la cura de la estructura perversa es una lógica que opera con el sujeto reconstituido de la alienación produciendo el falo en tanto ausencia. Recordemos que el falo tiene la función del significante de la falta en ser. Es el significante de esa pérdida que el sujeto padece a causa de la inscripción significativa. El falo es el significante forcluido del goce sexual. La pérdida del goce sexual es la castración, por tanto, no está en el sistema del sujeto, esto indica que no hay sujeto del goce sexual. De esto se deduce que si esta radicalmente forcluido es el significante que agujerea al Otro. Producir el falo en tanto ausencia se realiza con el objetivo de obturar la hiancia del Otro con su goce... esto indica un montaje perturbado del desarrollo de la pulsión cuyo acento recae del lado del ser.

Encontramos aquí un punto esencial en tanto que en el juego que bascula entre el ser y el tener. Despliega su posición subjetiva mostrando que la relación del sujeto al ser es su modo opaco y secreto de sustituir la relación del sujeto al mundo que el fantasma nos muestra en la neurosis. Que el perverso se relacione del lado del sujeto al ser indica que va acompañado de un movimiento donde queda petrificado en el ser de goce, conectándose de modo singular a lo real del goce produciendo en la relación cuerpo-goce-muerte una cierta perplejidad frente a lo insondable del sexo. Frente a ese impasse inverificable del sexo que Lacan señaló en su elaboración de lo real.



La construcción que Lacan ha producido sobre la constitución del sujeto referidas al ser y al goce, a la primera disyunción cuerpo-goce como apertura a la dimensión de sujeto, como introducción entre el cuerpo y el goce de la función sujeto y a la segunda disyunción del objeto a ... como cierre... han situado la dimensión del deseo interrogando a ese ser que en el proceso de la alienación establece el “Yo (je) soy del goce ”que debe quedar excluido para que surja como un “yo soy del goce renunciado“ en el proceso que va de la alienación a la separación. Estos desarrollos han iluminado el campo de la perversión y han constituido un aporte esencial en la dirección de la cura de la estructura perversa. Al diagramar el campo del ser y el campo del objeto a como dos campos diferenciados por una operación central que se refiere a la nulificación del falo para que advenga la segunda disyunción -la del objeto a mostró como en la estructura perversa el acento recae sobre el ser. Esta disyunción del objeto a inscribe la historia de las pérdidas en un universo que mediado por el fantasma permite al neurótico la relación del sujeto al mundo.

Veamos el campo del ser en la constitución del sujeto. El sujeto al articular la cadena significante trae a la luz la carencia en ser, el Otro, lugar de la palabra, es también el lugar de esa carencia; ese ser es del orden de lo real que se manifiesta a nivel de lo simbólico, en los cortes, en los intervalos, ese ser puro de sujeto va a ser designado en el fantasma. El ser, enmascarado para el sujeto, es ese sacrificio de sí mismo, esa libra de carne empeñada en su relación con el significante. Y es porque algo toma lugar de eso, que ese algo deviene objeto en el deseo. Es esto lo profundamente enigmático por ser en el fondo, relación con lo escondido, con lo oculto.

Para que esto se produzca hay elección en la alienación porque el Yo (je) del goce debe quedar excluido para producir el yo soy del goce renunciado. De ese ser y su discordancia con el saber surgirá el sujeto; de una ruptura del ser queda la huella que hará un sujeto. En la operación de constitución del sujeto que va de la alienación a la separación hay un primer objeto que el sujeto pone en juego: coloca en el Otro su propia pérdida.

Esta operación de extracción y colocación está en el centro del Complejo de Castración, de este modo en la salida de la alienación se restaura lo perdido a los fines de salvaguardar la división del sujeto. El perverso coloca ahí su ser que servirá como instrumento del goce y esto hace a un modo, particular de relación entre el sujeto y el objeto dando al estatuto del sujeto una forma que Lacan llamó de sujeto reconstituido de la y esto se produce a condición de constituirse como instrumento de goce.

Recuperemos lo que plantea en *Encore*: debemos ubicar para cada estructura la singularidad de cada uno de estos elementos. “Las perversiones, tal como se cree poder detectarlas en la neurosis, de ningún modo eran eso, perversiones. Los neuróticos no tienen ninguno de los caracteres del perverso. Simplemente sueñan con eso, cosa muy natural, pues ¿cómo, si no, alcanzar a su pareja?”. Situamos en el sujeto reconstituido de la alienación a condición de constituirse como instrumento de goce. Es en la operación de separación donde se constituye la posición perversa que tiene que ubicarse frente a la ausencia de ser de la inscripción significativa y la petrificación en la insensatez del ser.

En la neurosis la separación confronta con el Deseo del Otro donde el sujeto pone en juego su propia existencia. Lacan señala que en la perversión la voluntad del Otro produce como consecuencia la anulación o la muerte del sujeto. El perverso colocado en la posición de querer gozar responde petrificándose como instrumento de goce. La voluntad se acomoda allí donde el deseo no tiene lugar. Pero surge aquí un punto esencial que en la dirección de la cura llega a constituirse en pregunta; interroga entonces por el límite de la transgresión. Si en la operación de separación se hace palanca sobre la

voluntad y se vuelca la alienación sobre el Otro. El perverso en lugar de tomar la división, la empuja hacia el Otro; vale que nos preguntemos ¿de qué modo realiza esta maniobra? El acto perverso conteniendo el escándalo, el ultraje al pudor, la búsqueda de angustia, la violación del pudor logra alcanzar el punto de extimidad al que dará sus razones y sus comentarios en la mayor desposesión subjetiva. Esto forma parte y caracteriza al sujeto reconstituido de la alienación. Entonces si es sujeto dividido en ese tiempo lógico de la alienación, es en la operación de separación donde se va a reconstituir colocando su ser entre el significante unario y el binario - en lugar de colocar su propia pérdida en el Otro, operación realizada en la neurosis -. Esa colocación del ser se produce ofreciéndose como instrumento de goce. ¿Es así como el perverso se confunde porque coloca el objeto extraído sobre el propio sujeto?

Esta es una de las razones con las que Lacan diagrama la inversión del fantasma. Interroga entonces por la inscripción del sujeto en el Otro. El sujeto reconstituido de la alienación se sostiene porque la renegación de la castración o sea la renegación del vaciamiento de goce que produce la operación significativa le permite recomponer el fetiche con los restos ya inservibles de los objetos. Esta elección del ser hace que el deseo este apenas presente en la perversión y si decimos que el deseo es la barrera contra el goce, podemos captar la dificultad con el deseo porque cuando el deseo no es barrera al goce puede suponer en el Otro un goce del cual él va a ser su siervo. Podemos captar también el lugar del fetiche viniendo a ocupar el lugar de los objetos. Es con el fetiche que el perverso completa con goce al Otro.

Lacan diagrama la forma que toma el fantasma sadico donde al placer se ha sustituido un instrumento y donde la división del sujeto se obtiene a condición de que su agente aparente se coagule en la rigidez del objeto, en la mira en que su división de sujeto le sea entera desde el Otro de vuelta. El esquema ubica: esta inversión de la fórmula del fantasma coloca el movimiento pasando por la voluntad y como muestra de la objetivación del goce petrificado en el instrumento-fetiche, así se prescinde de lo

subjetivo... y a... pasa a ser la forma de la ley... el movimiento continua hasta generar la división entre el S - sujeto bruto del placer (sujeto “patológico”). Esa voluntad, no puede llamarse de goce, sino es explicando que es el sujeto reconstituido de la enajenación al precio de no ser sino el instrumento del goce. Otro de los puntos que el texto señala es que por ser el objeto a del fantasma, que se sitúa en lo real.

Por otro lado el hecho de la exigencia, en la figura de las víctimas, de una belleza siempre clasificada como incomparable y por lo demás inalterable debería situarse no del lado del atractivo sexual sino del lado de la función de la belleza, como barrera extrema para prohibir el acceso a un horror fundamental. Es para la dirección de la cura una interrogación crucial al tener que situar lo que actúa como barrera para prohibir el acceso a un horror fundamental en los tiempos donde la maniobra sobre lo real que sitúa hoy la ciencia nos precipita a una toma de posición sobre el límite de esta maniobra sobre lo real. La ciencia ha traspasado las barreras que funcionaban tácitamente como prohibidas y situaban campos de horror allí donde hoy son ofertas para dar solución a lo que el sujeto sitúa como imposible, sobre todo en lo referente a un cuerpo y su relación al goce... un cuerpo y su interioridad.

A través de todo esto Lacan se interrogaba en la posición de Sade por el punto exacto ante el cual retrocedió. Colocó allí el mandamiento cristiano al manifestar su rechazo de la pena de muerte. Sade se detuvo allí, en el punto en que se anuda el deseo a la ley. Algo de él se dejó retener en la ley. Pero no fue mas lejos. El hecho de que la madre sigue estando prohibida, le permite decir a Lacan: queda confirmado nuestro veredicto sobre la sumisión de Sade a la ley. Cuando Lacan define lo que llama deseo perverso lo ubica como voluntad de goce.

Pasando a la estructura psicótica, a la que atenderemos más profundamente más adelante en este curso, decir que la cosa está en el rechazo de una significante primordial. Lacan lo formuló como Nombre del Padre. De tal forma que lo simbólico del nombre del

padre aparece como resultante del exterior, pero en forma de delirio. Queda extimido al sujeto, no formula parte del psiquismo, y el llamado que profiere se articula a través del delirio, por supuesto, Lacan hace referencia al deseo de la Madre en esta ubicación del sujeto para ello, y también de la posición del padre, que aparece como significante rechazado dentro de la operación de sustitución del otro materno por el Otro materno, justamente donde se introduce el Nombre del padre.

La perversión como negativo de la neurosis

El término perversión ha dado lugar, a lo largo del tiempo, a confusiones debido a su uso tanto popular como médico. Se ha tendido repetidamente a relacionar la perversión con las desviaciones sexuales. Actualmente la medicina y la psicología van un poco más allá y las desviaciones sexuales son consideradas como disfunciones o parafilias, ello ha originado que el término caiga en desuso. Incluso los manuales de diagnóstico del DSM-IV y CIE 10 no consideran la denominación de perversión.

Es el psicoanálisis el que ejerce una lectura particular. Desde la perspectiva del psicoanálisis, la perversión se aleja de las parafilias y toma valor como una de las tres grandes estructuras nosográficas: psicosis, neurosis y perversión. Se parte así de un origen lógico en relación a la dinámica edípica, y ello conlleva una fuerte concepción teórica.

Como ya hemos ido mostrando a lo largo del curso, las estructuras básicas dependen de una relación simbólica en la dialéctica también simbólica del paso edípico del ser al tener. Cobra importancia el significante en relación a la falta y la completud del Otro (significante fálico). Planteado así, se parte de momentos lógicos cruciales y determinantes en la constitución del sujeto, y de diferentes maneras según las cuales un sujeto se relaciona o no con lo simbólico de estas apreciaciones. Así, cobra importancia la

posible intervención del significante llamado paterno (no del padre real) y su intervención en la dialéctica. Recordemos los tres grandes caminos posibles:

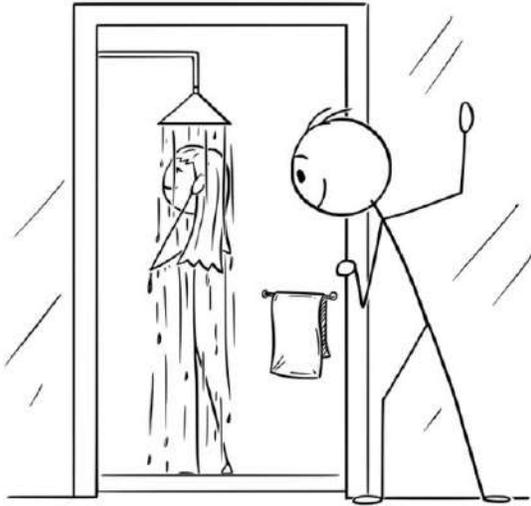
En la neurosis se reprime la significación primordial, reservándose entonces el término utilizado por Freud característico de la estructuración neurótica Verdrängung (Represión). Esta estructura esta basada en inscripción de la función significante como punto de origen. La neurosis se describe en relación a la función simbólica relacionada con la demarcación de una legalidad en relación a la triangulación edípica (significante nombre del padre).

Para la psicosis el término utilizado es Verwerfung (Forclusión), a diferencia de la neurosis donde se reprime la significación, en este caso se la expulsa del aparato psíquico.

Para la perversión el término utilizado por Freud es Verleugnung (renegación), aquí la significación del significante primordial se mantiene, pero no se deja de renegar contra ella. Así el perverso queda capturado en la dialéctica del ser y el tener, donde la terceriedad será reconocida pero solo para no dejar de impugnarla (desafío y transgresión). En términos psicoanalíticos: Se cree en la castración y a la vez se reniega de ella, es decir, el perverso sabe conscientemente de la falta estructural que remite simbólicamente a la falta de pene en la mujer. Lo que ocurre es una manera particular de significar el hecho evitando la angustia. Así la significación de la ley se mantiene, porque la madre (funcional) del perverso no es una madre fuera de la ley, sino que es una madre fálica, porque el perverso mantiene en el horizonte una madre referida a la significación paterna, de otro modo se hablaría de psicosis. En la perversión el discurso materno se hace el representante o intermediario de esta terceriedad (significante paterno), que no interviene de manera significante más que fallidamente.

Freud va a decir repetidas veces que la perversión es el negativo de la neurosis. Ello indica que el neurótico reprime mociones pulsionales y el perverso no, pero ello también parece indicar que el perverso no tiene inconsciente. Sin embargo, la fenomenología nos está

indicando lo contrario, como lo demuestra el hecho de que cualquier perverso sueña, o la situación de que el fetichista que escoge la posibilidad del fetiche precisamente porque reniega contra la madre castrada no tiene noticia alguna en lo consciente de su necesidad de que exista el pene de la madre.



¿En qué sentido podemos pensar entonces a la perversión como negativo de la neurosis?

En los tres ensayos de teoría sexual de Freud, se remarca al niño como un perverso polimorfo. Ello da la posibilidad de entender al perverso como alguien detenido en lo infantil, separado de la neurosis por el proceso de represión, es decir un ser humano que sin importar su

edad cronológica no es más que un niño psíquico. Pero Freud, en la conferencia 23 nos deja claro que eso es infantilismo sexual, no perversión:

“La sexualidad perversa está, por regla general, notablemente centrada; todas las acciones presionan hacia una meta - casi siempre única- y una pulsión parcial tiene la primacía: o bien es la única pesquisable o bien ha sometido a las otras a sus propósitos. En este sentido, no hay entre la sexualidad perversa y la normal más diferencia que la diversidad de las pulsiones parciales dominantes. En cambio, la sexualidad infantil carece, globalmente considerada, de semejante centramiento y organización; sus diversas pulsiones parciales tienen iguales derechos. Por lo demás, también hay casos de sexualidad perversa que presentan una semejanza mucho mayor con la infantil: son aquellos en que numerosas pulsiones parciales han impuesto sus metas o, mejor, han

persistido en ellas con independencia unas de otras. En tales casos es más correcto hablar de infantilismo de la vida sexual que de perversión.”

Esta es la opinión más clara de Freud entre la estructura perversa y lo perverso polimorfo infantil. Sin embargo, no parece suficiente para la distinción clara entre el perverso y el neurótico ya que parece mostrar más unas ciertas similitudes. Lo esencial en estas afirmaciones es lo infantil, no es lo perverso sino lo polimorfo y la desorganización pulsional, y en ese sentido tanto la neurosis como la perversión quedan equidistantemente separadas de lo perverso polimorfo del infantilismo sexual, es decir la perversión estructurada nunca está más cerca (o más lejos) de la perversión polimorfa que la neurosis misma. Dado que la fuente de distanciamiento entre neurosis y perversión no ha de ser encontrada en lo infantil, volvamos a la distinción más tajante que hizo Freud: “la neurosis es el negativo de la perversión”. Volvamos pues a lo negativo.

El Negativo y la desmentida

En el artículo sobre la Denegación (1925) de Freud, se muestra la negación como un mecanismo defensivo que sirve a la censura y a la represión. Ello alude a la confección de la mentira que estructura al ser como neurótico. Según Freud “un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje negar. La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido.” Así, por ejemplo, un sujeto que dice mi mujer no es mi madre, en realidad está diciendo esta mujer es mi madre.

Es en 1927, en el artículo sobre “El Fetichismo” que Freud diferencia de la represión, un proceso que siéndole similar, proviene básicamente de la falla producida por una alteración del yo en busca de la protección del narcisismo que puede ser afrentado por la

posibilidad de castración. Es introducida así la Verleugnung (renegación o desmentida), que se diferenciaría en este plano de la represión por ser el mecanismo que se presenta para la representación sin afecto (por lo que el afecto sí permanecería reprimido, o mejor dicho descentrado de su representación originaria). Desmentir la realidad implica recomponerla a través de los procesos de pensamiento inherentes únicamente al yo.

En este sentido podemos entender que se trata de una alteración del yo porque lo que se desmiente proviene del exterior y es una de las funciones exclusivas del yo la de la percepción (al igual que el de las desfiguraciones cometidas contra ella).

Es desde aquí que podemos poner a jugar tres elementos a la hora de entender a la perversión: desmentida (en contraste a represión), realidad (campo operatorio del yo, en detrimento de la realidad psíquica) y pérdida de un objeto.

La posibilidad de pérdida de objeto adviene como angustia según Freud.

La angustia, es siempre angustia de castración, al menos en el sentido amplio de castración (pérdida, separación, del pene en el sentido estricto). Hablar de angustia es entonces, hablar de pérdida, y de pérdida a su vez de castración. La cadena de la angustia es la cadena de las pérdidas... nacimiento (pérdida de la unidad con la madre), advenimiento del padre (pérdida del ser falo), complejo de Edipo (pérdida de la madre como objeto de amor), complejo de castración (pérdida de la representación del pene), duelo (pérdida de objeto de amor secundario), es el camino prototípico de la angustia.

La angustia es siempre real concluye Freud, pues la manera en que se genera angustia siempre tiene como miramiento último la realidad, si el peligro proviene del exterior el acceso de angustia prepara para la huida o el contraataque, si el peligro es interno, se pone en juego el displacer generado por el cumplimiento de la pulsión y se convierte en un peligro para el yo.

En este punto, a través de la castración, podemos atar con lazo firme a la desmentida con la angustia y a través de esta, situarnos únicamente en el campo del yo. En este sentido, la distinción entre represión y desmentida es no tanto “el qué se hace” sino “el con qué”.

La angustia y la desmentida son alteraciones del yo, pero son alternativas, la desmentida se presenta para renegar contra la castración que genera angustia, es decir protege al yo de la afrenta narcisista, pero se presenta bajo las mismas circunstancias en las que la angustia se presentaría, las situaciones de peligro.

La desmentida es siempre una desmentida de la castración, el negativo de lo negativo, si la realidad presenta un menos (pene), la desmentida está encargada de añadir un negativo más a la multiplicación (- percepción), no percibir la ausencia deja siempre intacta la posibilidad de la presencia, y en esta presencia a lo largo del desarrollo libidinal y en especial de la fase fálica, se juega toda la tranquilidad del narcisismo primario, “sí mamá o mi hermana, no tienen pene, es posible que yo también lo pierda” y pese a toda la evidencia que constataría un hecho tan lamentable, el yo prefiere bajo ciertas circunstancias alterar su conformación en el plano de la escisión (donde la perversión se aleja de la neurosis para relacionarse con la psicosis) porque el hecho de que el yo no haga consciente la percepción en bruto, no significa que no la haya percibido como tal antes de maquillarla para la consciencia, con previa desmentida.

Ángulos de la estructura perversa

Después de este pequeño recorrido por Freud, podemos plantear la organización de la perversión desde cuatro ejes:

La lógica del desmentido

Como hemos visto, se trata de la Verleugnung de Freud. Lacan la formuló como desmentido.

El Edipo perverso

El Edipo perverso se distingue por el lugar especialmente particular que se atribuye al padre en cada uno de los niveles en el que es llamado a cumplir su función. En tanto que instancia simbólica, depositario de la ley, de la prohibición y de la autoridad, el padre es perfectamente reconocido - el perverso no es psicótico. Igualmente, los atributos del padre imaginario, héroe o cobarde, padre ogro o padre ciego, son localizables y localizados por el sujeto. Es a nivel del padre real que la perversión llama la atención. En la situación edípica que caracteriza a la perversión, el hombre que es llamado en la realidad a asumir el papel de padre es sistemáticamente dejado de lado por el discurso materno que envuelve al sujeto. Convertido así en un personaje irrisorio, en una pura ficción, el padre se ve reducido a ser únicamente una especie de actor de comedia a quien se le pide actuar de padre, pero sin que este papel implique la menor consecuencia: es un padre "para la escena".

El uso del fantasma

A nivel de contenido, se puede decir que todo fantasma es esencialmente perverso. El escenario imaginario en el que el neurótico conjuga su deseo y su goce no es nada más, después de todo, que el modo en el que se imagina perverso en secreto. No es por lo tanto el contenido del fantasma el que permite diferenciar al perverso del neurótico sino su uso.

Tesoro secreto, estrictamente privado en el neurótico (de tal modo que hacen falta años de análisis para que consienta en comenzar a hablar de ello), el fantasma para el perverso es por el contrario una construcción que sólo toma sentido cuando se hace público. Para el neurótico el fantasma es una actividad solitaria: es la parte de su vida que sustrae al lazo social. Inversamente, el perverso se sirve del fantasma (sin ni siquiera darse cuenta por otra parte de que se trata de un montaje imaginario) para crear un lazo social en el

que su singularidad pueda realizarse. Para el perverso, el fantasma sólo tiene sentido y función si es puesto en acto o enunciado de tal modo que consiga incluir a un otro, con o sin su consentimiento, en su escenario. Es lo que aparece, considerado del exterior, como una tentativa de seducción, de manipulación o de corrupción del partenaire. Por ejemplo, el sádico exigirá de su víctima que ella misma le pida, acusándose de una u otra falta, el castigo que va a infligirle - castigo que aparecerá entonces como "merecido".

Lo que el perverso quiere demostrar, de lo que se esfuerza en convencer al otro (a la fuerza si hace falta) no es solamente de la existencia del goce, sino de su predominancia sobre el deseo. Para él, el deseo no puede ser otra cosa que deseo de gozar (voluntad de gozar), y no deseo de deseo o deseo de desear, como para el neurótico.

La relación a la ley y al goce

Es erróneo asimilar al perverso a un fuera-de-la-ley, incluso si la interrogación cínica, el desafío y la provocación de las instancias que representan la ley constituyen datos constantes de la vida de los perversos.

Si el perverso desafía la ley, y más frecuentemente aún la juzga, no es porque se considere anarquista. Por el contrario. Cuando critica o cuando infringe la ley positiva y las buenas costumbres, es en nombre de otra ley, ley suprema y bastante más tiránica que la de la sociedad. Pues esta otra ley no admite ninguna facultad de transgresión, ningún compromiso, ningún desfallecimiento, ninguna debilidad humana, ningún perdón. Esta ley superior que se inscribe en el corazón de la estructura perversa no es, por esencia, una ley humana. Es una ley natural cuya existencia el perverso es capaz de sostener y de argumentar a veces con una fuerza de persuasión y una virtuosidad dialéctica notables. Su texto no-escrito no promulga más que un solo precepto: la obligación de gozar.

En suma, cuando el perverso "transgrede", como dice el lenguaje común, en realidad solo obedece. No es un revolucionario, sino un servidor modelo, un funcionario celoso. Según su lógica, no es él quien desea, no es ni siquiera el otro: es la Ley (del goce). Es ello lo que nos comunica nuevamente con el momento actual donde el Otro social hace un llamado continuo al goce. En este sentido, podemos pensar que amenaza con convertir a los sujetos en objetos-sujetos perversos.

La lógica de la perversión. El sujeto perverso

La perversión se presenta como un montaje lógico que le aporta al sujeto perverso un modo reglado de su relación al goce. Este montaje constituye una respuesta frente a la castración que a través de una escenificación denuncia su posición en la topología del goce. Es mostrando su intimidad con el goce que intenta producir una inscripción de sujeto.

La obra de Jacques Lacan ha aportado nuevas luces a este universo al mostrar la diferencia con las otras estructuras y ha permitido avanzar en la dirección de la cura hasta llegar a establecer y situar a la perversión como analizable e interpretable; y esto a partir de ubicar la pregunta que el perverso formula. El sujeto perverso se interroga si le queda la posibilidad de que algo haya escapado en la disyunción cuerpo-goce, que haya escapado a ser goce alienado, es decir, la posibilidad de que todo el cuerpo no haya sido tomado en el proceso de la alienación; en ese proceso que desgarrar el cuerpo del goce. Es desde este punto que el perverso interroga la función del goce. Lacan decía, y la clínica lo prueba, que esa interrogación la produce sin jamás captarla más que de una manera parcial. Pero aún más, porque si en el proceso de la alienación se produce la disyunción cuerpo-goce. El perverso buscará reencontrar el goce, pero no sabrá lo que hace como sujeto. Y la mayor parte del tiempo queda a mitad de camino de aquello a lo que apunta. Estos son los apuntes de Lacan en la Lógica del Fantasma.



La construcción que Jacques Lacan ha producido sobre la constitución del sujeto referidas al ser y al goce, se basa en dos claras disyunciones. La primera disyunción cuerpo-goce surge como apertura a la dimensión de sujeto, como introducción entre el cuerpo y el goce de

la función sujeto. La segunda disyunción es la del objeto a como cierre. El yo (je) soy del goce, queda excluido para que surja un yo soy del goce renunciado. Se trata de un proceso que va de la alienación a la separación. Estos desarrollos han iluminado el campo de la perversión y han constituido un aporte esencial en la dirección de la cura de la estructura perversa.

Al diagramar el campo del ser y el campo del objeto a como dos campos diferenciados por una operación central que se refiere a la nulificación del Falo para que advenga la segunda disyunción, la del objeto a , mostró como en la estructura perversa el acento recae sobre el ser. Esta disyunción del objeto a inscribe la historia de las pérdidas en un universo que mediado por el fantasma permite al neurótico la relación del sujeto al mundo.

El proceso en el perverso se complica (o se simplifica según se mire), se trata de un sujeto reconstituido de la alienación a condición de constituirse como instrumento de goce. Es en la operación de separación donde se constituye la posición perversa. En la neurosis la separación confronta con el Deseo del Otro donde el sujeto pone en juego su propia existencia.

Lacan señala que en la perversión la voluntad del Otro produce como consecuencia la anulación o la muerte del sujeto. El perverso colocado en la posición de querer gozar responde petrificándose como instrumento de goce. La voluntad se acomoda allí donde

el deseo no tiene lugar. Si en la operación de separación se hace palanca sobre la voluntad y se vuelca la alienación sobre el Otro. El perverso en lugar de tomar la división, la empuja hacia el Otro. El acto perverso conteniendo el escándalo, el ultraje al pudor, la búsqueda de angustia, la violación del pudor logra alcanzar el punto de extimidad al que dará sus razones y sus comentarios en la mayor desposesión subjetiva. Esto forma parte y caracteriza al sujeto reconstituido de la alienación. Entonces si es sujeto dividido en ese tiempo lógico de la alienación, es en la operación de separación donde se va a reconstituir colocando su ser entre el significante unario y el binario (en lugar de colocar su propia pérdida en el Otro, operación realizada en la neurosis). Esa colocación del ser se produce ofreciéndose como instrumento de goce.

El sujeto reconstituido de la alienación se sostiene porque la renegación de la castración o sea la renegación del vaciamiento de goce que produce la operación significativa le permite recomponer el fetiche con los restos ya inservibles de los objetos. Esta elección del ser hace que el deseo este apenas presente en la perversión y si decimos que el deseo es la barrera contra el goce, podemos captar la dificultad con el deseo porque cuando el deseo no es barrera al goce puede suponer en el Otro un goce del cual él va a ser su siervo. Podemos captar también el lugar del fetiche viniendo a ocupar el lugar de los objetos. Es con el fetiche que el perverso completa con goce al Otro. Se trata de la inversión del fantasma.

Kant con Sade

Sade guio a Lacan en la interpretación del perverso. Lacan escribió "Kant con Sade" con la intención de que sirviera de prólogo al tercer tomo de las obras completas del Marqués que publicaba el Círculo del Libro Precioso. Sade había sido apenas publicado, y en 1960 aparecía este tercer tomo conteniendo a "*Justine*" y "*La filosofía en el tocador*". Angelo Hesnard, Maurice Heine, Pierre Klossowski eran los intelectuales que habían escrito con el propósito de comentar la obra de Sade. El rechazo amenazó desde el principio. El texto también fue rechazado por la "Nouvelle Revue Francaise", que era la más importante

revista literaria francesa de la época. Lo publicó "Critique", revista que había sido fundada por George Bataille, en 1963.

El "con" presente en el título del artículo implica que un escritor sirve de instrumento para revelar la verdad que hay en juego en otro escritor. Decir "Kant con Sade" implica que Sade nos va a permitir revelar algo que está presente en Kant, pero a su vez esto nos va a permitir captar algo que resulta de importancia para el psicoanálisis.

Lacan nos dice que el libro de Sade concuerda con el de Kant, pero lo completa, en tanto nos revela su verdad. Encontramos que hay algunos antecedentes en el hecho de aproximar Kant con Sade. Por un lado, lo hacen dos teóricos de la escuela de Frankfurt, como Max Horkheimer y Theodor Adorno. En su libro "Dialéctica de la ilustración" (Editorial Trotta), publicado en 1944 encontramos un capítulo donde cruzan a Kant con Sade y plantean que la formalización de la razón junto a la apatía lleva a instrumentalizar todo objeto empírico y tratar al otro como una simple cosa sometida a la legislación de una pura ley.

George Bataille (quien le dedica un par de capítulos en "El erotismo") escribió un prólogo a una edición de "*La filosofía en el tocador*" titulado "*Sade y la moral*" y al igual que otros, como Pierre Klossowski, se ve llevado a tratar la cuestión en relación a la moral de Platón. Sin embargo, luego de algunas alusiones, cita a Kant porque éste hace del arte el tipo de acción moral, ya que el arte es la única acción cuyo fin es la acción misma. Si bien el planteamiento de Lacan cuenta con estos antecedentes, entre otros, la formalización realizada por el mismo no tiene precedentes.

Jacques-Alain Miller (en "Elucidación de Lacan") nos plantea lo que es la columna vertebral del texto: Análisis de la fórmula kantiana - Paralelo del imperativo sadiano - Análisis del fantasma sadiano.

Jorge Alemán plantea algo interesante y es que un pensamiento siempre termina segregando un mandato. Nos da algunos ejemplos: "Conócete a ti mismo", es el de

Sócrates. "Llega a ser quien eres", el de Píndaro. "Apártate de la física y ve hacia mi idea de bien", el de Platón. "Conoce tu límite y no lo desbordes"; esto va desde Delfos hasta Aristóteles. "Se más que un hombre, prepara la morada del superhombre", se encuentra en Nietzsche. "Vuelve al ser después de haberlo negado", en Hegel. "Sé feliz, configúrate según el orden de los acontecimientos del mundo", en Wittgenstein.". Para Jorge Alemán cada pensador termina segregando un mandato, un significativo amo, y el mérito de Kant es el haber dado cuenta de la estructura formal de estos mandatos.

Podemos distinguir los imperativos categóricos de los imperativos hipotéticos. Los imperativos categóricos son incondicionados. La conciencia moral dice "no mentirás" y este mandamiento no se somete a ninguna condición, no se trata de que no hay que mentir en tales o cuales circunstancias, por ejemplo, para obtener alguna ganancia, no sería una exigencia moral, sino una expresión de astucia, como la que suelen mostrar los políticos. El imperativo hipotético en cambio es heterónimo, opera, pero en forma condicional, sirve para obtener determinado favor. El categórico en cambio es absolutamente incondicionado, manda sin ninguna condición.

Kant denomina máxima de la acción al principio por el cual se realiza un acto, se trata del fundamento subjetivo del acto, es el principio que me lleva a actuar, aquello por lo cual es acto es realizado. Kant formula el imperativo categórico en los siguientes términos:

"Obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne en ley universal".

Entonces nos manejamos moralmente cuando somos capaces de querer que el principio de nuestro actuar se convierta en una ley válida "para todos". Es decir que no nos podemos convertir en excepciones. Si yo me encuentro en problema y para poder salir del mismo tengo que mentir. ¿Podemos convertir en universal esto de mentir cuando uno se encuentra en un problema? La respuesta es negativa, no puede convertirse esta

máxima en ley universal, si todos los hombres actuasen según esta máxima, nadie creería en las palabras de los demás, ya no contarían las palabras. El mentiroso quiere mentir, pero no que le mientan los demás, se ubica como una excepción, entra en contradicción.

Hay otra formulación que utiliza Kant para enunciar el imperativo categórico:

"Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio."

Resulta por lo tanto inmoral el considerar a una persona como un medio o un instrumento para obtener un fin. Es por eso que la esclavitud o la prostitución no resultan moralmente aceptables. Es inmoral usar a alguien.

Otra formulación:

"Actúa de tal forma que tus normas valgan siempre para una legislación universal en el reino de los fines."

En la moral kantiana no se trata de que uno sea feliz, sino digno; de que sea razonable, sino racional; de ser legal, sino conforme a la ley. Freud va a vincular el imperativo categórico al superyó; el superyó tiene un carácter coercitivo que se manifiesta como imperativo categórico. El yo se somete al imperativo categórico del superyó, el deber imperativo no tarda en ser presentado como riguroso y cruel. Dice Freud "El imperativo categórico de Kant es, por tanto, el heredero directo del complejo de Edipo". El imperativo nombra directamente el accionar del superyó.

Para el Marqués de Sade su principal influencia filosófica fue la de un Barón: Paul-Henri Dietrich, Barón de Holbach. Mientras trabajaba en un libro sobre orgías romanas e

italianas leía filosofía. Parece que quedó profundamente impresionado por la lectura del libro "Sistema de la naturaleza, o sobre las leyes del mundo físico y del mundo moral (1770), libro publicado con el seudónimo de Jean-Baptiste de Mirabaud y que sería puesta en el índice de libros prohibidos. En 1783 Sade dice que este libro sería la base de su filosofía. El Barón d'Holbach era un filósofo ilustrado alemán, muy rico, que vivió principalmente en París. reunía en su casa a comer dos veces por semana a Condillac, Rousseau, Buffon, Beccaria, Hume, entre otros. Concurría todo extranjero célebre que pasara por París y la mesa era presidida por Diderot. En "Sistema de la naturaleza" se declaraba materialista radical y ateo decidido. Argumentaba en contra de la tesis de que era necesario explicar la naturaleza en términos de creador y creación.

El Universo siempre ha estado en movimiento y la energía es el resultado de la acción recíproca entre las partes. El alma es sólo física y desaparece con el cuerpo, para él el alma no existe como un principio vital inmaterial, por lo cual la conducta humana debe orientarse especialmente hacia la posibilidad de obtener beneficios terrenales. Decía, por ejemplo: Sería inútil y quizás hasta injusto pedirle al hombre que sea justo a costa de convertirse en un desdichado. Si el vicio le proporciona satisfacción, el ser humano tendrá que amar el vicio". Holbach sin embargo no era un libertino. Decía: "La sensualidad, cuando se convierte en hábito, sofoca todo sentimiento en el corazón, extingue toda actividad en la mente; los excesos del libertino son asfixiantes y acaban por suprimir todo remordimiento que su conducta inmoral pudo haber provocado inicialmente". Rechazaba profundamente la religión organizada, consideraba a los sacerdotes como los miembros más peligrosos e inútiles de la sociedad. Afirmar la existencia de Dios para él resultaba una insensatez. Dios era para él una "noción sin prototipo", es decir una quimera.

Sade acostumbraba a utilizar los significantes "quimera" y "espectro" para referirse a Dios. Holbach fue calificado como "el enemigo personal del Todopoderoso". En el orden moral para Holbach no existe otra ley que la del amor a sí mismo, el egoísmo. La religión

es entonces corrupta, inútil, nacida del temor y la ignorancia. Pero para él el ateísmo, al igual que la filosofía no están al alcance de la masa. La idea sería suprimir la religión reformando las costumbres a partir de una difusión de las ideas ilustradas. Voltaire lo criticó profundamente, Goethe calificó su obra de "tenebrosa y cadavérica". En todo caso, ahí tenemos la esencia de Sade.

Lacan nos dice que en Sade encontramos una máxima que propone su regla al goce, y que resulta insólita porque es formalizada en consonancia con la moda kantiana. Podemos enunciar la siguiente máxima:

"Tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quien quiera, y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él." (Escritos).

Por eso Lacan dice que Sade realza el imperativo kantiano que tan bien prefigura el superyó con lo que le faltaba: el goce. Lacan plantea que este imperativo moral es desde el Otro desde donde su mandato nos requiere. Pero el sujeto se encuentra escindido por toda intervención del significante. La máxima sadiana resulta más honesta para Lacan en tanto se pronuncia por la boca del Otro en lugar de la voz que viene de adentro, de esa forma desenmascara la escisión del sujeto.



Lacan aisló y formalizó la estructura del fantasma sadiano. Sade es un libertino prisionero, no sólo por haber pasado tantos años de su vida en la prisión y en el manicomio, sino porque fue prisionero de su fantasma. Sustituyendo la falsa libertad moral promulgada por

los libertinos, propone una moral de obediencia estricta. Mientras los libertinos promueven burlarse de la ley, Sade promueve una ley severa cuyo mandato es "Hay que gozar, es una obligación" (André. S. "La impostura perversa") Sade fue prisionero voluntario de su fantasma, también su víctima.

La lógica totalitaria de Sade también pretende ser llevada por Sade a las letras "La filosofía ha de decirlo todo", afirma en Historia de Juliette. Se propone con la filosofía reintegrar en el decir lo que no se dice, un deber decirlo todo que tiene como misión que no quede ningún resto, un decir que consiga atrapar lo que excede al decir: el propio goce. El perverso lleva al límite su intento de ir más allá del principio del placer.

Para Lacan el mal sadiano es equivalente del bien kantiano. La estructura perversa se caracteriza por la voluntad de goce, por la voluntad del sujeto de transformarse en un instrumento de goce ofrecido a Dios.

El perverso se sitúa como objeto de la pulsión, como un instrumento para el goce del Otro. La fórmula del fantasma se invierte. El perverso se coloca en la posición de objeto-instrumento de una voluntad de goce propia del Otro. No se trata de que obtiene placer, sino de que es instrumento de goce del Otro. Es instrumento del objeto de la pulsión escópica en el exhibicionismo y el voyeurismo, es objeto de la pulsión invocante en el sadismo y el masoquismo.

Contrariamente a lo que se supone, los "desarreglos" de Sade están absolutamente regulados, la lujuria está lejos de ser desenfrenada, las escenas están finamente calculadas. Se juega algo del orden de cierta legalidad que nos pone de evidencia que el perverso sabe administrar el goce, a su manera, evitando que la barra los golpee, procurando que la angustia caiga en el otro.

Se observa claramente en el esquema del fantasma que Lacan nos presenta. Esa línea sinuosa muestra como el perverso se ubica como objeto, instrumento de goce. La voluntad, dice Lacan, domina todo el asunto.

Hay un libro de Hannah Arent "Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal". Hanna Arent escribe a partir del juicio que se le celebró en Jerusalén en 1961 a Adolf Eichmann, teniente coronel de la SS, uno de los mayores criminales de la historia. Hay un capítulo titulado "los deberes de un ciudadano cumplidor de la ley".

Allí plantea una nueva ley basada en las órdenes del Führer y cualquier cosa que Eichmann realizara lo hacía considerándose un ciudadano cumplidor de la ley, cumplía con su deber, no sólo obedecía órdenes, obedecía la ley. Hablaba de obediencia ciega, "kadavergehorsam, "obediencia de cadáveres" lo llamaba. En el interrogatorio policial declara enfáticamente "...que siempre había vivido en consonancia con los preceptos morales de Kant, en especial con la definición kantiana del deber".

El juez lo interrogó buscando las razones de su invocación a Kant, y ante la sorpresa general dijo "Con mis palabras acerca de Kant quiere decir que el principio de mi voluntad debe ser tal que pueda devenir el principio de las leyes generales.". Los nazis habían reformulado el imperativo categórico kantiano, habían formulado "el imperativo categórico del Tercer Reich: "Compórtate de tal manera que si el Führer te viera aprobara tus actos".

El goce en el placer

Recordemos la distinción entre placer y goce. Esta distinción no existe claramente en Freud, quien sí usa ampliamente ambos términos, Lust y Genuß, disponibles en la lengua alemana. Freud no los opone a la manera lacaniana, sino que, más bien, los emplea, en muchas ocasiones, indistintamente.

Para Lacan, en cambio, hay una oposición clara entre placer y goce. El placer, como Principio de Placer, está del lado de la neurosis y condena al neurótico a una perpetua búsqueda del objeto perdido de la mítica y freudiana experiencia de satisfacción. Lo importante es que, en la neurosis, el objeto primitivo- que Lacan denominará la Cosa-

está irremediadamente perdido a causa de que la metáfora paterna ha relegado al Significante materno bajo la barra de la represión. Por ello es que el amor se vuelve imprescindible, pues permite al sujeto reencontrar, aunque sea imaginariamente, dicho objeto perdido o, al menos, un sucedáneo equivalente.

El amor se nutre de la sublimación y es por tal motivo que Lacan dice de esta última que consiste en “elevar un objeto cualquiera a la dignidad de la Cosa”. La sublimación es tomar una cosa por otra, por la Cosa, sólo que- pequeño detalle- dicha confusión cambia el signo del encuentro con el objeto, que de ser angustiante pasa a ser placentero. Lacan relaciona el Principio de Placer con la noción aristotélica de autómata, término que se puede traducir como “espontaneidad”, una especie de azar más allá de toda intención expresa por parte de un sujeto.

Esto quiere decir que el Principio de Placer funciona en el sujeto sin deliberación e independientemente de su voluntad; busca su objeto erótico sin saber a ciencia cierta qué es lo que busca ni porqué encuentra lo que encuentra. En Freud (La Dinámica de la Transferencia, 1912), encontramos también la idea de que emergemos de la infancia con un Klischee que domina nuestra vida erótica y sentimental y que dicho Klischee será eventualmente la clave y el modelo de los procesos transferenciales.

El goce, en cambio, está del lado de la psicosis y representa un intento del sujeto de ir más allá de lo que permite el Principio de Placer y alcanzar la Cosa u objeto incestuoso primitivo. Ello es posible debido a que la pantalla protectora de la metáfora paterna no se ha instalado en el sujeto y se trata más bien de que éste queda expuesto a la proximidad de la Cosa, que desestabiliza su relación con la realidad consensuada.

El problema surge a partir de una definición paradójica que los lacanianos dan del goce al definirlo por medio de una fórmula que reza: Lust im Unlust, placer en el displacer. Ello implica que el goce es un tipo de placer y que entre placer y goce no hay oposición

excluyente sino una relación de género y especie en la que el placer es el género y el goce una de sus especies.

La sorprendente idea de que algo displacentero es buscado por el sujeto como si encontrase en él un placer resulta siempre difícil de explicar, por más que la clínica atestigüe sobradamente que de alguna manera las cosas son así. Masoquismo primario, pulsión de muerte, transferencia negativa, envidia primaria, autodestructividad y el goce lacaniano son los artefactos teóricos que la tradición psicoanalítica ha acuñado para dar cuenta de dichos fenómenos mórbidos. En este sentido, el goce no es privativo de los psicóticos y tropezamos muchas veces con expresiones como “el goce histérico” o “el goce neurótico” que dan a entender que también los neuróticos se aferran a situaciones displacenteras como si encontrasen en ellas alguna indescriptible delicia.

La definición del goce como Lust im Unlust es, entonces, aplicable a todos los seres humanos sin distinción.

Lo que aquí nos interesa es la posición alcanzada por los perversos en relación al goce en el placer. Freud admitía que los perversos gozan más que los neuróticos, con lo cual convalidaba lo que los mismos perversos aseguran, a saber, que ellos sí han alcanzado algo así como la cumbre del placer, cosa que los convierte en maestros de la sexualidad y en propietarios de un saber acerca de tales lides muy superior al de los comunes mortales. Freud atribuía tal plus de placer al hecho de que la represión no funcionaría en los perversos tal como lo hace en los sujetos neuróticos, aunque no deja de aclarar que la represión debe ciertamente hallarse presente en ellos: Como comentábamos más arriba, los fetichistas ignoran la significación de su fetiche. Tanto, entonces, no saben.

De todos modos, es difícil señalar cuál es la posición del sujeto perverso frente al placer: no hay goce en el sentido de pretensión de alcanzar la Cosa como reza la fórmula para los psicóticos, pero su búsqueda de objetos es tan estereotipada como la de los neuróticos, lo cual obliga a pensar que algún tipo de automaton se ha instalado en ellos y que, por

tanto, su deseo se halla acotado por alguna figuración de la Ley. Siempre se habla de la identificación del perverso con el freudiano padre de la horda, con un Uno incomparable, que no admite restricciones en su goce. Pero el padre de la horda es el dueño de todas las mujeres, no un sujeto incestuoso que toma posesión de su madre. La figura de la madre está reemplazada por el conjunto equivalente conformado por “todas las mujeres”. El neurótico seguiría una línea de equivalencias cada vez más acotadas: de “todas las mujeres” pasa a “algunas mujeres” y, finalmente, a “una mujer” leído como “esta mujer” (exogamia, matrimonio monógamo, voto de fidelidad, etc.). En realidad, la toma de posesión de la madre no se verifica nunca y está claro que entre los psicóticos es más bien la madre-Cosa la que se posesiona del hijo y lo controla.

Según parece, hemos de admitir que esta identificación con el padre primitivo salva al perverso de la Cosa materna y le permite conservar una relación estable con la realidad. Así pues, el perverso de algún modo pretende situarse del lado de un goce irrestricto- dicen ser libres en cuanto a su deseo-, aunque, por otro lado, la rigidez del acto perverso en cada caso es tal que nos conduce a sospechar de sus palabras y nos plantea la necesidad de ponerlas en perspectiva.

Estas dificultades se aclaran un poco cuando vemos cuál es la relación del perverso con la Ley, en cómo se ha verificado en él la metáfora paterna (instalación de una represión en su psiquismo en clave freudiana) y qué avatares sufrió su identificación primaria con el padre primitivo. Dice el marqués de Sade: “cualquier cosa menos el pene en la vagina. Con ello, marca claramente que sabe muy bien que la Ley moral sexual limita la sexualidad al acto procreador, esto es, al coito heterosexual.

Pero se resiste a dicho mandamiento y genera otro exactamente opuesto: la consigna perversa de alguna manera reproduce irónicamente el mandato social y encuentra su razón de ser en su transgresión. Siguiendo la línea freudiana de la renegación (Verleugnung) de la castración y el horror a la vagina, surge el problema de qué hacer con

ésta. En Justine, se propone transformarla en un ano, rellenándola de excrementos y succionándola luego. En La filosofía en el tocador, se opta por una solución más radical. Cuando la madre aparece buscando a su hija, es torturada, ofendida y vejada de mil modos hasta que los libertinos presentes deciden suturar su vagina, suprimiendo por tal medio la causa última del horror que subyace al goce perverso.

Aulagnier (La estructura perversa) señala que el sujeto perverso ha quedado atascado en el horror a la vagina sin poder transformar el horror inicial en fascinación por medio del juego infantil (el famoso “juego del doctor”, que no es sino una mutua y reiterada demostración del genital entre niños y niñas). En la película de las amistades peligrosas, vemos cómo Valmont cree y hace creer que es un seductor invencible para luego caer en la cuenta de que no es más que una marioneta manipulada por la maquiavélica marquesa de Merteuil.

Se patentiza cómo ese sujeto supuestamente libre trabaja para el goce del Otro, encarnado por la mortífera marquesa, por lo cual vemos también en qué medida Sade acertaba en identificar a la figura de la madre- una madre arcaica y voraz- como el verdadero enemigo que debía enfrentar. En otra parte ya hemos visto cómo la madre del perverso es un desierto de goce y cómo la promesa del don fálico no se verifica adecuadamente y el futuro perverso tiene que vérselas solo con la resolución del enigma del goce fálico.

Como consecuencia de lo ya dicho, concluiremos que los placeres de la perversión serán una fiel imagen especular invertida de cuantos placeres se hallen a mano de un neurótico. Mientras el neurótico goza inconscientemente con la renuncia al objeto perdido y sus síntomas vienen a ser una perpetua conmemoración de dicho acto de desprendimiento, el perverso hará gala de un desenfreno opuesto a la renuncia neurótica. Se ven a sí mismos como seres exuberantes y astutos. Sade se preguntaba cuál era la utilidad de vivir refrenando los impulsos innobles y malvados: lo mejor y más fácil es darles curso y utilizar

luego la inteligencia para escapar al castigo. Así como el cristiano ha de imitar a Cristo como ejemplo supremo de sumisión a la Ley y mansedumbre, el perverso se regodeará



en la transgresión y rebeldía ante todo lo instituido y reputado socialmente como valioso. Estos imitadores de Lucifer viven de aquellos a quienes denuestan y a quienes burlan continuamente. No pueden dejar de hacerlo puesto que su posición subjetiva es puramente reactiva y completamente artificiosa. No existirían sino pudieran escandalizar a los neuróticos.

Es frecuente observar que el placer está en muchos perversos como “mentalizado” y considerablemente alejado de cualquier sensación grata producida por el cuerpo. El placer en la humillación es un buen ejemplo: Piera Aulagnier lo

considera uno de los logros de la perversión: transformar la humillación en valoración narcisista, lo mismo que el dolor en placer, etc... Lo que no logra es transformar el horror y por ello lo reproduce adoptando, como decía Freud, una actitud activa en vez de pasiva.

El perverso aparece en sus dichos como el que es valiente y se atreve a experimentar placer allí donde se supone que el placer nace, en la maldad. Avanza triunfal allí donde el neurótico retrocede debido al espanto y en esta “valentía” y “superioridad” está sostenido como sujeto. Es, en lo esencial, lo mismo que le pasa a esos moralistas recalcitrantes, tan cercanos a la perversión, ellos también triunfan- esta vez sobre las exigencias de la carne- allí donde la gente común se tienta y peca. Al igual que los perversos viven de aquellos a los que exhortan y persiguen y su estructuración mental es por completo reactiva y falsa.

Los perversos están habituados a manejarse en ese difícil límite entre el bien y el mal, proclamando con soberbia su pretensión de haber llegado “hasta el final” de la sexualidad y de la mismísima naturaleza humana, que, por supuesto, es malvada. El perverso se vuelve perverso porque no cree en el bien. El marqués lo dice en alguna parte: no vale la pena producir placer en los demás porque suelen fingirlo hipócritamente, es más seguro producir dolor porque, en ese caso al menos, uno puede estar razonablemente seguro de qué es lo que está produciendo. La hipocresía, el fingimiento y la falta de toda garantía en cuanto a la verdad de lo que se nos dice es lo que arrastra al perverso a la perversidad.

No funciona para él el discurso de la promesa por el cual el niño accede a aplazar su goce fálico. Lo irónico, lo que se oculta, es que el aplazamiento es necesario por cuanto el goce fálico no está biológicamente al alcance del niño y la pequeña comedia de prometer a cambio de un aplazamiento es un completo artificio en la medida que el padre prometededor pareciera suponer que el goce fálico sí estuviese al alcance del niño.

Este vital juego de medias verdades ha de prolongarse por años- una eternidad en la óptica perversa- hasta que el goce fálico ante la mujer puede ser enfrentado por el joven varón. En el perverso, el padre real no funciona como el arquetípico dueño de todas las mujeres ni como inigualable maestro de la sexualidad y no hay, por ende, una verdadera identificación inconsciente con él, sino que el niño lo sustituye y asume, ya en la infancia, ese rol de Gozador absoluto.

Perversión y psicopatía

Perversión y psicopatía han compartido a lo largo del tiempo un camino parecido, comenzando por las ambigüedades terminológicas. Dentro del psicoanálisis en general y en la orientación lacaniana en particular, las psicopatías no han sido reconocidas de manera explícita. La clásica nosología freudiana recuperada por Jacques Lacan organiza

el campo psicopatológico fundamentalmente en tres categorías clínicas: las neurosis, las psicosis y las perversiones; y las psicopatías no tienen claramente un lugar en este sistema.

Psicopatía y perversión son dos denominaciones que pertenecen a concepciones teóricas diferentes. La psicopatía parte de la psicopatología dinámica (especialmente Kleiniana). La perversión es un término estructural y no psicopatológico. La psicopatía es una patología del carácter en cambio la perversión es una estructura clínica (que no implica per se patología).

Desde la perspectiva de la semiología psicoanalítica, lo que la psiquiatría tradicionalmente delimitó como psicopatías aparece como una categoría compuesta por grupos heterogéneos ya que conviene distinguir la psicopatía propiamente dicha de las personalidades antisociales. Una cosa es el antisocial que en su acto delictivo utiliza la violencia y la coerción contra la voluntad del otro, y otra muy distinta es el psicópata que para ese mismo acto logra obtener, con una habilidad notable, la complicidad, o por lo menos el consentimiento de la voluntad del otro.

Podemos considerar a las psicopatías como patologías de la acción y de la culpabilidad, tomando dos rasgos esenciales de lo que, de una manera más o menos constante, se ha categorizado como psicopatía, ya que delimita rasgos específicos en la modalidad de la acción y también en la culpabilidad.

Cuando hablamos de acción no necesariamente nos referimos a algo equivalente a movimiento. Desde el punto de vista psicoanalítico, la acción implica siempre necesariamente el lenguaje y, por lo tanto, también la relación con el otro. Esta relación con el otro puede determinar una acción fundamental muchas veces con un movimiento mínimo. En el diálogo, simplemente contestar que no, o no contestar, lo cual es una forma de respuesta, puede constituir una acción muy determinante.

En todo caso, es en referencia a la estructura perversa, desde donde podemos entender el terreno de las psicopatías.

Freud definía las perversiones en su relación con las neurosis como el derecho y el revés, el negativo que comentábamos antes. Podríamos aplicar esta oposición a la relación entre las neurosis y las psicopatías, haciendo una comparación con lo que el psicoanálisis construyó como concepto de neurosis obsesiva. Podemos ver de esta manera cómo los rasgos se oponen punto por punto en el obsesivo y en el psicópata.

Del lado del obsesivo está la patología del autorreproche, el remordimiento, la culpabilidad; del lado del psicópata, lo que podríamos llamar la creación de códigos propios. Códigos que, en relación con los códigos comunes y compartidos, hacen que la culpa quede siempre del lado del otro. En estas categorías psicoanalíticas para describir la acción, que son inseparables de la relación con el otro, tenemos del lado de la obsesión, entonces, la autoculpabilidad; del lado de la psicopatía, la heteroculpabilidad. Lo cual quiere decir que en términos psicoanalíticos podríamos incluir a las psicopatías también como una patología del superyó, en la medida en que esta instancia tiene como origen la internalización de ciertas pautas sociales, entre ellas, las éticas o morales.

En ambas, tanto en la psicopatía como en la neurosis obsesiva, se trata de una patología de la responsabilidad. Que el obsesivo se sienta culpable, o que esté asediado por autorreproches, no quiere decir que sea un sujeto responsable. En ninguno de los dos casos podemos considerar que haya una responsabilidad plena. En fin, todo esto tiene consecuencias jurídicas que merecen ser abordadas en otros lugares.

Tanto el neurótico como el perverso presentan un problema con la responsabilidad. En uno por defecto, en el otro por exceso y por deformación. Este contraste entre neurosis y psicopatía obtenido de la generalización de la oposición entre neurosis y perversión como modalidades subjetivas puede plantearse sobre otros ejes, y de este modo destacar, como lo hace Lacan, el contraste entre el goce y el deseo.

Para el neurótico es prevalente la dimensión del deseo en detrimento del goce de la satisfacción pulsional que, en las neurosis, queda sujeta más fuertemente a la eficacia de la represión y otras vicisitudes pulsionales. Visto desde otra de sus caras es equivalente a afirmar que el goce neurótico siempre implica un alto grado de sufrimiento: la satisfacción pulsional termina produciéndose por vías indirectas y sobre todo a través de la satisfacción del síntoma como retorno de lo reprimido. En la perversión, por el contrario, es prevalente la vía del goce y el deseo mismo se convierte en voluntad de goce. La satisfacción pulsional se obtiene por vías más perentorias, la llamada impulsividad del psicópata.



Pero podríamos destacar también un contraste sobre el eje de la demanda. La modalidad neurótica conduce al sujeto a ubicarse en dependencia de la demanda del Otro. Al neurótico le gusta hacerse demandar y usa sus recursos para que el otro le

pida, le ruegue, le sugiera, le ordene, todas diferentes formas de la demanda con las que espera sobre todo obtener el reconocimiento del Otro. El psicópata, por el contrario, demanda, impone formas sutiles de exigencia, incita al otro a la acción.

Si tomamos otro rasgo de comparación en esta oposición –siguiendo la indicación freudiana del negativo y el positivo– entre neurosis y perversión, tenemos del lado del obsesivo un predominio del pensamiento, de la duda, de la indecisión, todos rasgos que configuran el concepto de neurosis obsesiva; del lado de la psicopatía, por el contrario,

predominan la acción y la seguridad en ella. Del lado del obsesivo encontramos una cierta torpeza en la acción, del lado del psicópata, una cierta habilidad o facilidad.

Finalmente, podríamos incluir otro rasgo tomando esa perspectiva tan importante en la psicopatía que es la relación con el otro, y que ha sido clásicamente descrita en la psiquiatría con este rasgo de la cosificación del otro, que tiene que ver con no respetar sus derechos, no considerarlo una persona, tratarlo como una cosa, etc.

Mas aquí entra en juego lo que ya comentamos antes de la inversión del fantasma. Lacan se ha preguntado si este rasgo en el perverso, que habitualmente es descrito como cosificar al otro, tratarlo, no como un sujeto, sino como un objeto, se ha preguntado si no estaría mejor descrito con la posición inversa. Esta consiste en pensar que el psicópata, por el contrario, tiene una muy especial empatía con el otro, y que es esta posición de empatía y de identificación con el otro lo que le permite sus grandes habilidades y su posibilidad de manipulación.

Desde el psicoanálisis descubrimos una paradoja. Las cosas en el nivel en que tradicionalmente las aborda la psiquiatría, el psicópata no respeta al otro, va contra sus intenciones, sus propósitos, su pudor y sus códigos éticos. Pero cuando incluimos el nivel inconsciente –y esto sería lo que aporta específicamente la perspectiva psicoanalítica–, vemos que donde el psicópata tiene esta especial habilidad para tener en cuenta al otro es en ese nivel de los componentes inconscientes del otro, aquellos que el otro ha rechazado y que no considera parte de sí, pero que sin embargo –el psicoanálisis, ustedes saben, trabaja fundamentalmente con esto–, por más que estén reprimidos o disociados, aun rechazados conscientemente son componentes fundamentales que le proporcionan al otro una cierta satisfacción.

Por ejemplo, el psicópata, para lograr una estafa, ha tenido que saber captar cuáles son estos elementos del deseo y del goce inconscientes de su partenaire. Y es apoyándose en ellos, en la satisfacción inconsciente que le proporcionan al otro y que está en contra de

ciertos mandatos del superyó, rechazada por el otro, es sólo apoyándose en esos elementos que el psicópata puede obtener esta seducción y manipulación.

Nos encontramos entonces con esta formulación lacaniana sorprendente que define la posición especial tomada por el psicópata en la relación con el otro en términos de instrumento. Es notable entonces cómo, cuando nos ubicamos en el nivel inconsciente, podemos describir la psicopatía diciendo que allí el psicópata se hace instrumento del goce del Otro. Ésta es la definición que, en definitiva, ha terminado por dar Jacques Lacan en relación con la perversión.

Tomemos el ejemplo de la perversión exhibicionista. Desde el punto de vista inconsciente, Lacan describe muy bien cómo en ese comportamiento no se trata solo de mostrar algo que produzca rechazo sino de atrapar la curiosidad inconsciente del otro. Aun en contra del pudor de la víctima, lo que el perverso busca obtener es esa mirada cómplice, ese goce inconsciente que está en contradicción con todas las normas de la conciencia. Probablemente el psicópata se encuentra del mismo lado.

Es clarificador desplegar la comparación entre una y otra modalidad subjetiva en el eje de la angustia y el goce. Es sobre este eje que Lacan hace jugar la distinción, en el interior de la estructura perversa, entre el sádico y el masoquista. El sádico que aparentemente persigue provocar la angustia en el otro, pero, en realidad, inconscientemente busca producir el goce del Otro. El masoquista que aparentemente tiene el propósito de suscitar el goce del otro, pero, sin embargo, inconscientemente lo que busca es angustiar al Otro.

Deberíamos ubicar al psicópata del lado de la modalidad sádica para compararlo con el neurótico. En las neurosis encontramos de una manera privilegiada el despliegue de las diversas formas de angustia. Si Freud pudo darle ese lugar decisivo a la angustia es porque inventó el psicoanálisis a partir de las neurosis y es allí, en el campo de las neurosis, donde en primer término investigó y reconoció sus diferentes formas: la angustia de las neurosis de angustia, la angustia en la histeria y en la obsesión, y la

angustia de las fobias o, como Freud prefería llamarlas hacia el final de su obra, histeria de angustia. La angustia es consustancial con la subjetividad neurótica en contraste con su casi ausencia o bajo nivel en el psicópata que sólo se angustia en sus momentos de crisis, es decir, en que fracasan sus mecanismos psicopáticos. Momentos breves, por lo general, transición hacia la recuperación de su equilibrio psicopático.

En cuanto a Lacan, si mantiene el eje freudiano que articula neurosis con angustia, es porque, sobre todo el neurótico, se angustia ante el deseo del Otro. Por eso la angustia que Freud caracterizó como señal de un peligro, Lacan llega a definirla como la percepción misma, en el sujeto, del deseo del Otro. Y esto es así porque, ante ese deseo, el neurótico se niega a servir de instrumento del goce del otro, su posición es de rechazo a ponerse al servicio del goce del otro.

El psicópata, él, no se angustia, pero no le ahorra esa experiencia a su partenaire. Por el contrario, es muy activo para enfrentar y sumir al otro en la experiencia de la angustia. Actividad del psicópata que apunta a un objetivo bien preciso: el intento de impeler a su pareja a acceder al goce, de llevarla más allá de las barreras de la inhibición y la represión. No al goce buscado y reconocido por el neurótico, sino al goce prohibido de la satisfacción de sus pulsiones reprimidas.

Después del camino recorrido, es fácil intuir la psicosis como estructura endeble. Es por ello que, en nuestra intención de delimitar esta estructura, consideramos conveniente organizar el tema en los siguientes puntos:

1. Introducción. Schreber y el Nombre del Padre

2. Ángulos de la estructura psicótica

- Acceso al lenguaje y represión primaria
- Ausencia del triángulo edípico
- Nudo borromeo

- Angustia en la psicosis

3. Clasificación de la psicosis

4. La clínica.

Schreber y el Nombre del Padre

Desde la psiquiatría el término psicosis es algo ambiguo y quizás muy amplio. Se basa sobre todo en los cuadros sintomáticos de tal forma que se incluyen tanto enfermedades de etiología orgánica como los cuadros de origen psíquico. La amplitud de cuadros sintomáticos se plasma en las clasificaciones actuales del DSM IV, donde encontramos múltiples cuadros y denominaciones.

Bajo nuestro punto de vista, esto lleva a confusión y por ello preferimos partir de los estudios psicoanalíticos clásicos.

El psicoanálisis ha estructurado la psicosis preferentemente en tres modalidades: la paranoia y las estructuras delirantes, la esquizofrenia y la melancolía y la manía. En todo caso, el denominador común es una perturbación primaria de la relación libidinal con la realidad. Paradójicamente, aquellos síntomas delirantes que parecen alejar al psicótico de la realidad constituyen, al mismo tiempo, intentos secundarios de restauración del lazo objetal.

El término psicosis aparece en el siglo XIX y constituye una evolución en la consideración autónoma de las enfermedades mentales. Al principio, se utilizaba para designar a las enfermedades mentales en general, pero a finales del siglo XIX se establece el par opuesto neurosis-psicosis, cuestión que llevó a diferentes evoluciones de los términos.

Estas evoluciones realmente se basan en las aportaciones freudianas, aportaciones que marcan direcciones de elaboración.

En su primera teoría del aparato psíquico y a la luz de sus trabajos del caso Schreber e Introducción al narcisismo, analiza la oposición neurosis-psicosis desde el punto de vista de la relación entre las catexias libidinales y las catexias de las pulsiones del yo.



En la segunda teoría del aparato psíquico se describe, en la neurosis, el yo comprometido y dando prioridad a las exigencias de la realidad y del superyó, originando una represión de las exigencias pulsionales. Sin embargo, en la psicosis se

produce una ruptura entre el yo y la realidad, que deja al yo bajo el dominio del ello. Freud dejó el camino abierto a la investigación. No se quedó satisfecho con sus propias estructuraciones y en la última etapa de su obra, sugirió abrir la investigación a un mecanismo original de rechazo de la realidad o más bien de cierta realidad particular, la castración, e insistió en el concepto de renegación.

La renegación es definida en Freud como un mecanismo de defensa en el que el sujeto rehúsa reconocer la realidad de una percepción traumática, principalmente la ausencia de pene en la mujer. Este mecanismo fue utilizado por Freud para explicar el fetichismo y la psicosis.

A partir de 1924, Freud comienza a utilizar el término Verleugnung en relación con la castración. El niño reniega de una realidad de ausencia de pene y considerara después la ausencia real como producto de una castración.

Ahí está el origen de la renegación. Posteriormente, la renegación se refiere a la realidad exterior y constituye un primer tiempo de la psicosis: mientras el neurótico comienza reprimiendo las exigencias del ello, el psicótico comienza por renegar la realidad.

A partir de 1927, el concepto de renegación se circunscribe especialmente al fetichismo y con ello abre el camino para la comprensión de las perversiones. Pudiéramos decir que la psicosis es más complicada de abordar.

Las aportaciones de Freud sobre la psicosis se desarrollan a partir del análisis de las “Memorias de un neurópata, publicadas en 1903 por el presidente de la Corte de Apelaciones de Saxe, el doctor en derecho P.D. Schreber.

Para el que no conozca el caso, lo describiremos brevemente. La psicosis de Schreber se desencadena al ser nombrado presidente de la Corte de Apelaciones. Destaca en su historia, el personaje de su padre, padre médico autor de un tratado de educación donde se destaca el enderezamiento postural y el uso de una gimnasia terapéutica cuyo objetivo era erradicar lo malo que pudiera haber en el niño, entendiendo como malo todo aquello que pudiera tener que ver con el deseo. Schreber tuvo un hermano que se suicidó a los treinta y ocho años.

En el principio de su brote, Schreber reconoce como se le impone la idea súbita de que sería hermoso ser una mujer en el momento del coito. Los malestares físicos son interpretados como persecuciones del doctor Flechsig, el mismo que le había tratado anteriormente se supone que de hipocondría. Schreber lo acusa de asesinato del alma. Freud, en su análisis, destaca como Schreber se consideraba llamado a procurar la salvación del mundo y devolverle la felicidad perdida, pero sólo podría hacerlo tras transformarse en mujer. Consideraba Schreber que tenía un papel redentor que cumplir, convirtiéndose en la mujer de Dios. Según Freud, ese Dios era sustituto del doctor Flechsig.

Freud destaca como el doctor Flechsig, ahora perseguidor, había sido en realidad objeto de amor y describe la hipótesis de un empuje de libido homosexual como punto de partida de toda la enfermedad. Freud interpreta que Flechsig fue para el paciente un sustituto de sus objetos de amor infantiles, a saber, el padre y el hermano, ambos muertos ya en la explosión del delirio.

En consonancia con sus afirmaciones acerca de la libido infantil, Freud considera que la paranoia de Schreber tiene su punto de fijación en el estadio del autoerotismo, del narcisismo y de la homosexualidad, etapa obligada de toda construcción libidinal en la que el niño toma como objeto de amor a aquel que detenta órganos genitales similares a los de él, pues se ha amado primero a sí mismo con sus propios órganos genitales.

Para Freud, esto es lo que ocurre en la esquizofrenia, los psicóticos tienen en esencia una vuelta de la libido sobre el propio cuerpo.

La libido, de un modo general, se sublima en las relaciones sociales, pero su ejercicio es peligroso para el psicótico que, en todo otro, seas cual sea, se las tiene que ver con una duplicación de sí mismo que desconoce. Según Chemama, el genio de Freud fue haber hecho notar que, en los diferentes delirios que se constituyen, todo se remitía a contradecir una única proposición: “yo, un hombre, lo amo a él, un hombre” y que las diferentes formas clínicas de los delirios agotan todas las maneras posibles de formular esa contradicción.

Por medio de un análisis lingüístico, Freud muestra tres maneras de contradecir la proposición: contradicción del sujeto, del verbo o del objeto. El delirio de persecución opera una inversión del verbo: “yo no lo amo, él me odia, lo odio porque me persigue”. El erotomaniaco rechazará el objeto: “no es él a quien amo porque ella me ama”. Por último, el celoso delirante no reconocerá al sujeto y transformará la proposición en “no soy yo quien ama al hombre, es ella quien lo ama; no soy yo el que ama a las mujeres él las ama”.

La proposición, agrega Freud, puede también ser rechazada en bloque: “no amo a nadie, sólo me amo a mí” y se trata entonces de delirio de grandeza.

Según Chemama, el problema teórico a resolver para Freud es el de aclarar los lazos entre proyección y represión, puesto que, en la economía libidinal del psicótico, una percepción interna es sofocada, y en su lugar aparece una percepción venida desde el exterior.

Este es un mecanismo propio de la psicosis y Freud considera que la represión consistiría en un retiro de los investimentos libidinales colocados en las personas u objetos antes amados y que la producción mórbida delirante sería una tentativa de reconstrucción de estos mismos investimentos, una especie de tentativa de curación.

Como hemos comentado antes, después de haber elaborado su segunda tópica, Freud deslindará el campo de la psicosis en un conflicto entre el yo y el mundo exterior, mientras que el campo de la neurosis alude a un conflicto entre el yo y el ello (Neurosis y psicosis, 1924).

La pérdida de la realidad, consecuencia de estos conflictos, que se ve en ambos casos (psicosis y neurosis), sería un dato inicial en la psicosis, en la que es mejor decir que un sustituto de la realidad ha venido en lugar de algo *forcluido*, mientras que, en la neurosis, la realidad es reacomodada dentro de un registro de lo simbólico.

Lacan retoma la perspectiva sobre el narcisismo de 1914 y la cuestión de la Verwerfung (forclusión) para construir su teoría del fracaso de la metáfora paterna en la base de todo proceso psicótico. El narcisismo no sólo es la libido investida sobre el propio cuerpo, sino también una relación imaginaria central en las relaciones, donde uno se ama en el otro.

La constitución del sujeto humano es inherente a la relación con su propia imagen, esta es la aportación esencial de Lacan para comprender las cosas, se trata del estadio del espejo, etapa en la que el niño se identifica con su propia imagen. Esa imagen es su yo

(moi) con tal que un tercero la reconozca como tal. Así, por un lado, le permite diferenciar su propia imagen de la del otro, y le evita, por otro lado, la lucha erótica o agresiva no mediatizada de otro con otro, donde la única elección posible es “él o yo”. La mediatización tiene que ver con la función paterna. Ese tercero simbólico es lo que Lacan llama Nombre del Padre.

El juego del deseo capturado en las redes del lenguaje consistiría en la aceptación por parte del niño de lo simbólico, cuestión que le aportará para siempre de los significantes primordiales de la madre (esto es, la represión originaria), operación que en el momento del Edipo dará lugar a la metáfora paterna, la cual se puede formular como sustitución de los significantes ligados al deseo de ser el falo materno por los significantes de la ley y del orden simbólico (el Otro).

Si hay fracaso de la represión originaria, hay forclusión, rechazo de lo simbólico, que resurgirá entonces en lo real. El Otro, de la misma forma que el otro, el semejante, será arrojado entonces al juego de lo especular.

La relectura de Lacan del caso Schreber va en esta dirección. La homosexualidad de Schreber no tiene que ver con una perversión, sino que se inscribe en el proceso mismo de la psicosis. El perseguidor no es sino una simple imagen de otro con el cual la única relación posible es la agresividad o el erotismo, sin mediación de lo simbólico...

Ángulos de la estructura psicótica

El acceso al lenguaje y la represión primaria

La angustia y la muerte son a la vez reconocidas y vencidas en la reproducción simbólica y activa del hecho traumático (recordemos nuevamente el fort-da). De estar a merced de la madre en continuos nacimientos con su presencia y muertes con su ausencia, el niño, gracias al lenguaje, se muestra capaz de moverse, capaz de sentir incluso como un triunfo

la ausencia. La fijación y la fragmentación comienzan a ser sustituido por una realidad que está ahí delante del sujeto. Su subjetividad se constituye en la realidad.

El advenimiento del lenguaje es también el de la realidad. Como dice Lacan, el niño hace un esfuerzo de “incluirse dentro del sistema del discurso concreto del ambiente, reproduciendo de modo más o menos aproximado en su Fort y su Da los vocablos que recibe del mismo”.



Se trata de la instauración y el desarrollo progresivos de una cierta distancia, mediatizante y que inaugura, en virtud del lenguaje mismo, la dialéctica de la presencia y ausencia, allí donde no había nada más que una sucesión catastrófica. La distancia escinde y libera de lo inmediato.

En la psicosis, según Freud, se reconoce un fracaso total o parcial de este proceso. Existe una insuficiencia de la represión primaria, de ese proceso de renuncia a la inmediatez. El

neurótico reprime el inconsciente porque está constituido, está exiliado en el lenguaje. El psicótico no ha llevado a cabo tal operación, por eso no tiene intermediación con lo real, por eso reprime lo real. No puede ser el mismo mecanismo de represión. Es por ello que la palabra alemana que utilizaba Freud, *verwerfung*, Lacan la propone traducir por *forclusión*.

Según Waelhens, la represión originaria tiene que ver con la renuncia a lo inmediato. Se trata de elaborar que es lo que hace que fracase el proceso, o triunfe lo inmediato.

Para entenderlo, tenemos que tener en cuenta el prematuro nacimiento del ser humano, un nacimiento que marca una inmaduración neurológica que esta muy presente en el primer año de vida, época en la que se establece el vínculo con el otro. Esta inmadurez marca esa relación por un total grado de dependencia. Ello origina que toda autonomía posterior esté marcada por la tonalidad del desamparo y el abandono. Es el trauma del nacimiento podemos decir lo que se pone en juego.

En todo caso, de lo que se trata es de un ser inmaduro, completamente dependiente expuesto a otro y al que demanda una atención inmediata. El niño vive pendiente del soporte inmediato de la madre, de la satisfacción de la necesidad. La necesidad desaparece en cuanto una compensación apropiada restablece el equilibrio del organismo, pero renace en cuanto el equilibrio se rompe de nuevo. Mas posteriormente es la demanda la que se pone en juego. La demanda intenta eliminar ya lo fundamentalmente incompleto del ser humano, mediante el reestablecimiento de la fusión originaria.

El reestablecimiento, la unicidad resulta ya imposible, a no ser en un plano delirante y ningún objeto en particular puede colmar la falta.

El futuro sujeto no puede escapar a las alternativas de la unión dual, de la que se halla prisionero, a no ser que pueda situarse también fuera de allí donde está preso, como el nietecito de Freud. Por ello, esto es una primera condición, pero no suficiente, para

lograrlo necesita una determinada ayuda, una determinada mirada de la madre. Si no existe, se da una determinada falta que es fundamental en la génesis de la psicosis.

Esa ayuda se constituye incluso antes de que el niño nazca. Todo sujeto viene a ocupar un lugar en el mito familiar, mito que ocupa un lugar importante en la constitución del sujeto. El hecho de que el sujeto no tome, por tanto, su propia existencia como mero accidente biológico, tendrá como contrapartida su inserción en una cierta cadena significativa.

La historia prenatal en la que se constituyen los primeros significantes posibles del ser mismo del sujeto, no se limita meramente a permitir que el sujeto se sitúe en el deseo interparental. Se trata de un movimiento activo que debe arraigar en las relaciones que cada uno de los progenitores mantenga con su propio deseo. Aquí cobra, evidentemente, especial papel la madre. Ahí, la relación que mantenga la mujer con su cuerpo y con su cuerpo en estado de embarazo es fundamental.

A partir del momento de la concepción, la futura madre atribuye un cuerpo imaginado a su hijo, cuerpo distinto a lo que el feto todavía puede ser, hay una anticipación que es la que va a ser puesta en juego en las relaciones posteriores entre la madre y el bebe. Es la mirada de su madre lo que le va a permitir trascender de su propio cuerpo, de su propia inmadurez, siempre en un movimiento de anticipación. Esta es la fase del espejo.

Es en este momento, cuando se abre la posibilidad de la entrada de la metáfora y el símbolo, primer paso del desprendimiento que constituye la represión primaria.

El problema sobreviene cuando no existe esa mirada estructurada de la madre, cuando en la madre no se da un lugar desde el deseo.

Según Aulagnier la madre del psicótico no es necesariamente una mujer dominante o mujer fálica. Más bien, se trata de una mujer que ella misma encarna la ley. Rehúsa de reconocerse desprovista de este significante e identificándose al hombre se imagina

inconscientemente revestida. Se arroga así el derecho de entrar en rivalidad con el hombre, para imponerle su propia ley.

En realidad, Aulagnier está poniendo en juego una madre con tipología perversa en donde no existe un lugar para los otros como sujetos, donde lo que si acaso se pone en juego es la posibilidad de que los demás sean objetos. La pareja, el padre, queda al margen.

Esta posición de la madre constituye una *ahistoricidad* a la hora de transmitir. Ello constituye una incapacidad para insertar a su futuro hijo en cualquier clase de cadena significativa. Frecuentemente falta el cuerpo imaginado, el cuerpo del futuro hijo.

Es todo esto, lo que está en el origen de la forclusión del nombre del padre.

El reconocimiento del sujeto acerca de sí mismo debe pasar por el desvío que supone el reconocimiento por parte del Otro. Por haberle reconocido el Otro, desde el comienzo, como equivalente del cuerpo imaginado que le ha precedido, puede reconocer en el yo especular un yo ideal. Por el hecho de ser ya el yo especular un objeto codiciable, al estar investido por la libido materna, se transforma en yo ideal (objeto del narcisismo primario).

En el psicótico, las cosas son distintas. No dispone de esa mirada, no puede acceder a un yo ideal, su imagen tiene que ver más con un conjunto de órganos, tiene que ver más con lo real.

En el lugar en el que el neurótico descubre en el espejo la imagen de un yo ideal, el psicótico no puede ver sino el lugar de la castración en lo real.

En todo caso, si bien la imagen especular fundamenta la unidad corporal, no parece ser lo único. La unidad de nuestro cuerpo no es sólo vista, sino también interiormente sentida. No se trata sólo de que nuestro cuerpo sea vivido como una gestalt, o si acaso se

trata de una gestalt en la que cada elemento representa de algún modo a todos los demás; cada parte remite constantemente a las otras partes y a la unidad.

En todo caso, esta unidad es imaginaria. El esquema vivido de la unidad corporal puede ser considerado como una anticipación del orden más propiamente simbólico.

En la psicosis, las dificultades en la represión primaria o su inexistencia provoca falta de acceso o acceso perturbado al lenguaje. Ello tiene sus efectos en el esquema corporal y da lugar a fragmentaciones.

Lo que la fragmentación o defecto de articulación de la imagen corporal ponen de manifiesto es la inexistencia de aquello que se designa como la posición de tercero frente a sí mismo o bien el lugar del otro.

Ausencia del triángulo edípico

La posibilidad del lenguaje señala, para un sujeto, la apertura hacia otro al que tomara como objeto, pero sin confundirse con él ni perderse en esa confusión. Este proceso está relacionado con el revestimiento libidinal del cuerpo del otro. Este revestimiento va a diferenciarse de las anteriores fases de la libido que son autoeróticas, en el sentido de que no hay constitución todavía de la diferenciación de otro.

En este punto, algunos autores proponen hacer una distinción de dos fases del autoerotismo. En la primera, los revestimientos son anteriores a la adquisición de la imagen especular y se refieren, por tanto, a un cuerpo troceado y, en consecuencia, a un fragmento del cuerpo. En la segunda fase, existe ya conquista de la imagen especular con lo que el revestimiento va a para a la imagen especular.

En todo caso, el primer objeto más verdadero tiende a confundirse con aquel original y aún indiferenciado de revestimiento libidinal. La madre es ese otro privilegiado.

Es aquí donde interviene el complejo de Edipo. Para un sujeto para el que la imagen inconsciente del cuerpo propio permanece confusa y fragmentada, que no ha alcanzado el orden simbólico, que no ha superado las relaciones especulares, resulta imposible que pueda ingresar en el Edipo, al menos en un Edipo correcto.

Hay que tener en cuenta que los psicóticos, al menos los de tipo esquizofrénico, en su delirio manifiestan la presencia de la mayoría de los elementos materiales que contribuyen a la edificación de las relaciones edípicas. Pero no se entra auténticamente ya que el progenitor del sexo opuesto, y al que se refiere materialmente el revestimiento libidinal, no está presente en el nivel que le define como otro distinto al “sí mismo” del sujeto, otro sobre el cual va a incidir la prohibición resultante de la promulgación paterna de la Ley. El pseudo sujeto permanece, en su ser, identificado con el falo de la madre y no sabría por tanto ser el otro de ella, ni ella el otro de él. El sentido del fantasma, si es que podemos hablar de fantasma, sería más bien: ser su propio padre con su propia madre.

La decisiva contribución del complejo de Edipo consiste en insertar al sujeto en la ley. A cambio de la renunciación que le es impuesta, el sujeto recibe el nombre del padre, que será también su nombre. Así se encuentra para siempre situado en la sucesión de generaciones. Abandona una existencia natural producto de copulaciones sin sentido. El pacto simbólico que sella la renuncia al amor edípico sustrae al desorden agitado de la naturaleza biológica para completar una identidad en el nombre que se lleva, que sitúa en un lugar estructurado, autorizando a desear. Este pacto implica también la entrada en la negatividad, ya que no se tiene plena y entera identidad más que asumiendo un nombre que se comparte, que remite al padre y a un entramado generacional. Algunos autores señalan que este sería el primer sentido de la castración simbólica.

Nudo borromeo

Partamos, para elaborarlo, del propio Lacan. Como hemos visto, la forclusión del significante Nombre-del-Padre aparece entonces como el mecanismo que define a la psicosis. De lo que se trata es del rechazo, de una expulsión de un significante primordial, el cual faltará a nivel de lo simbólico. Entonces, la psicosis consiste en un agujero, una falta a nivel del significante.

La falta de un significante lleva necesariamente a un sujeto a cuestionar el conjunto de significantes. Esta es la clave fundamental del problema de la entrada en la psicosis.



Es en este punto, donde Lacan da un giro a su teoría, giro que nos puede ayudar en la estructuración de una clínica para la psicosis.

Más adelante en su obra Lacan pluraliza el significante Nombre-del-Padre, se refiere a los Nombres-del-Padre. Esto es a partir de que conceptualiza a la metáfora paterna como siempre fallida, si bien se inscribe una ley, un orden, siempre algo queda sin ser regulado, ordenado. Y es ahí cuando los Nombres-del-Padre operan como

suplencia.

En el Seminario RSI, Lacan trabaja la topología del Nudo Borromeo como la estructura del sujeto. El Nudo Borromeo consta de tres anillos: Real, Simbólico, Imaginario. Cada uno de ellos es equivalente al otro, ninguno tiene una categoría de privilegio. Al cortar cualquiera de los tres anillos los otros dos quedan libres.

Esta conceptualización nos permite pensar la singularidad de cada sujeto en un particular anudamiento R-S-I que determina la estructuración subjetiva. ¿Cómo podemos pensar este particular anudamiento? ¿Cómo se mantienen unidos los tres anillos?

Existe una función suplementaria, de un cuarto elemento cuya consistencia posibilita el anudamiento. Los Nombres-del-Padre cumplen esta función.

En referencia a lo cual Lacan plantea:

“Los Nombres-del-Padre y no el Nombre-del-Padre [...] Nuestro imaginario, nuestro simbólico y nuestro real están tal vez para cada uno de nosotros en un estado de suficiente disociación para que solo el Nombre-del-Padre haga nudo borromeo”.

Tomando esta cita de Lacan donde pluraliza los Nombres-del-Padre, y les atribuye una función de suplencia, podemos considerar que son ellos los que posibilitan que haya nudo.

El cuarto elemento pasa de ser contingente a necesario.

En el Seminario “Le Sinthome” sostiene que en el nudo de tres no hay diferencia, ya que los registros están en continuidad. Esta continuidad hace referencia a las características de homogeneidad y equivalencia de los anillos.

Los tres registros en continuidad forman cadena, pero no nudo. Para que la cadena borromea haga nudo, el mínimo es siempre de cuatro.

Con el cuarto elemento se pierde la homogeneidad, se posibilita el anudamiento y la diferenciación. Esta operación se da a nivel de los cruces.

Podríamos pensar que dicho anudamiento viene a marcar un corte, un límite a esta continuidad, impidiendo que se desarme el nudo borromeo.

En este momento de la obra de Lacan, se puede pensar una reformulación de los primeros conceptos que daban cuenta de la estructuración subjetiva. Ya no hablaríamos en la psicosis únicamente de una falla en uno de los tres registros, el simbólico, sino más bien de una particular falla en el entrecruzamiento de los anillos.

La suplencia neurótica es producida por la significación fálica que suple la ausencia de un significante que designe al sujeto en el lugar del Otro. Es decir que ubica la función de los Nombres-del-Padre como un suplemento que anuda los tres registros.

En la psicosis, es decir, cuando este significante privilegiado está forcluido, consecuentemente los anudamientos posibles son sustituciones de los Nombres del padre. Podemos considerar que hay aparece el delirio y el conjunto de síntomas. También pseudoidentidades que anudan y permiten el andar por el mundo.

Siempre que nos encontremos con una estructura psicótica va a existir un punto de falla en los entrecruzamientos del nudo borromeo, que tendrá que ver con la forclusión de los Nombres-del-Padre.

No siempre que exista tal falla estructural en el anudamiento, habrá un desencadenamiento de la psicosis. El sujeto puede elaborar una suplencia, que le permita hacer nudo y suplir esa falla.

Angustia en la psicosis

Recordemos algo de la angustia. Y hagamos un recorrido que nos permita ubicar la angustia en el psicótico y la podamos entender como defensa también en él.

Desde el inicio del psicoanálisis Freud se ocupa de ella, en la época pre-psicoanalítica tenemos por ejemplo un escrito fechado en 1894 y otro en 1895 referidos a una neurosis muy popular en aquella época: "La neurosis de angustia".

En 1894 Freud escribe "La Neurastenia y la neurosis de Angustia" y en 1895 "Crítica de la neurosis de angustia".

Lo que Freud va a introducir es un corte mediante la agrupación de un complejo de síntomas al que da el nombre de neurosis de angustia. Dicho nombre se deriva de que todos los síntomas de este complejo giran en torno a uno principal: la angustia.

La espera angustiosa es el síntoma nodular de esta neurosis, esta espera a la que Freud volverá a referirse muchos años después en Inhibición, síntoma y angustia tiene su causalidad en una cantidad o un quantum de angustia flotante. Esta angustia parece desconectada de lo simbólico.

Freud al referirse a ella afirma que la angustia está "libre" de representaciones y se halla dispuesta en todo momento a asociarse a cualquier representación apropiada.

El quantum de angustia al no tener representación simbólica ni imaginaria nos reenvía al registro de lo real. Así la angustia puede presentarse como un desarreglo corporal en donde los síntomas vividos por el sujeto son los equivalentes del ataque de angustia. Puede presentarse entonces como un malestar general o como palpitaciones, sudores, bulimia o disneas.

El estudio de los casos llevará a Freud a plantear que el origen de la angustia se halla en la libido desviada de su satisfacción. "A la neurosis de angustia llevan todos aquellos factores que impiden la elaboración psíquica de la excitación sexual somática. Los síntomas de la neurosis de angustia surgen por el hecho de que la excitación sexual somática desviada de la psique se gasta subcorticalmente en reacciones nada adecuadas."

La angustia se produce cuando el sujeto se siente incapaz para hacer cesar una excitación endógena. Dicha excitación actúa como un impulso único y como una fuerza constante.

Por esta época Freud emplea el término excitación, pero el modo en que describe a la misma puede perfectamente sustituirse por un concepto que desarrollará años más tarde: la pulsión. En estos escritos la angustia se presenta como la condición de la neurosis y principalmente de la neurosis histérica, llegando a afirmar que la neurosis de angustia es la contrapartida somática de la histeria.

Las dos surgen por una insuficiente elaboración psíquica de la excitación sexual, produciéndose una desviación de la excitación hacia lo somático. La diferencia se manifiesta en que la neurosis de angustia es puramente somática mientras que la histeria provoca un conflicto psíquico. De allí que las relaciones entre las neurosis de angustia con la histeria sean estrechas.

En esta primera teoría de la angustia, prevalece la idea de una desviación de lo psíquico de la tensión sexual somática. *Es decir que no se produce un anudamiento entre lo simbólico/ imaginario y lo real.*

En "Inhibición, Síntoma y Angustia" la teoría de la angustia es modificada ya no aparecerá como producto de lo real no elaborado sino como una señal de alarma. ¿Qué es lo que cambia? En las explicaciones dadas en la teoría que se denominó "económica" la angustia es un resultado, es el producto, la manifestación en la subjetividad de una determinada cantidad de excitación no controlada. El término Angst-signal destaca una nueva función de la angustia que la convierte en una defensa del yo.

De este modo la angustia puede desencadenarse ya no como respuesta a lo real sino como un símbolo de una situación que aunque aún no se ha presentado puede presentarse. Este modo de entender a la angustia la hace equivalente a la espera angustiosa, que es el estado subjetivo que antes mencionábamos. Sin embargo, la explicación económica no es totalmente descartada ya que la señal de alarma puede desencadenarse ante un incremento de la exigencia pulsional.

En las dos teorías de la angustia Freudiana la represión está en juego. En la primera teoría la angustia es un efecto de la represión, en la segunda la angustia produce la represión. La angustia como origen de la represión nos indica que la misma aparece como una defensa de la pulsión.

La introducción de la concepción de la angustia como señal de alarma del yo sin embargo tuvo como consecuencia ciertos equívocos como el de considerar que la angustia era un afecto sin objeto.

Freud en su teoría económica insiste en que la angustia tiene una causa, tiene un objeto que es el incremento de la demanda pulsional. En otros términos: la angustia se relaciona con el *goce no simbolizado*.

Jacques Lacan en su Seminario de la Angustia -el número X- retomará con énfasis este aspecto económico de la angustia en donde se hace evidente su relación con el goce.

¿Por qué define a la misma como la señal que no engaña nunca? Es justamente porque la angustia es una señal de lo real. En el Seminario X tenemos un capítulo con ese título "La Angustia señal de lo real", esta articulación de la angustia con lo real, la volvemos a encontrar en "La Tercera", conferencia dictada por Lacan en Roma en 1974 en donde afirma que la angustia es el síntoma tipo de todo acontecimiento de lo real.

La angustia es lo real que aparece en lo simbólico, a diferencia del síntoma la angustia no miente. La angustia en su definición mínima aparece como una señal, pero Lacan advierte en su seminario "que esa definición no se debe al abandono de las primeras posiciones mantenidas por Freud. No se trata de una nueva conquista, ya que en el momento que se sostiene que la angustia es transformación de la libido reprimida, encontramos la indicación de que ella puede funcionar como una señal.

La angustia está ligada a todo lo que puede aparecer en el lugar de la falta en su aparición eso puede tornarse siniestro como lo demuestra la experiencia del *unheimlich* (lo

siniestro) La angustia se manifiesta cuando en el lugar de la falta aparece el objeto, en términos más precisos cuando en el lugar de la castración del Otro o del deseo del Otro se manifiesta el objeto pulsional. El deseo del Otro es un vacío, la angustia aparece en el momento donde el vacío del Otro se hace manifiesto. Frente al enigma de ese deseo, el sujeto responde con un objeto pulsional.

Pero la angustia se manifiesta en todos los casos en donde el sujeto dividido se percibe como equivalente a un objeto.

Para el neurótico el objeto “a” encuentra su lugar en el fantasma. El objeto a es una elaboración simbólica de lo real, ocupa el lugar de lo real como un velo. La función que tiene el objeto a como plus de goce es el de complementar la falta del sujeto. De allí que el neurótico tenga problemas especialmente con la demanda del Otro. En la neurosis se hace existir al Otro a través de la demanda, ya sea pedir al Otro el objeto que tiene o hacerse demandar por el Otro el pago de la deuda que se le debe. El Otro de la neurosis demanda y en esa demanda está siempre en juego el objeto pulsional. Es un modo de pedir al Otro el objeto perdido, el objeto del goce prohibido.

En la psicosis no existe la defensa contra lo real del fantasma, el objeto no está prohibido, no está perdido, es por ello que se presenta en lo real. En relación al Otro no se trata de un Otro completo, sino de un Otro de la falta vivido como una voluntad de goce sin límites, goce que se satisface solamente cuando el sujeto lo completa, el sujeto claro está, en posición de objeto, es el caso del presidente Schreber que se ofrece como soporte para que Dios goce de su ser pasivizado.

Las manifestaciones de la angustia en las psicosis son múltiples y hasta podríamos decir contradictorias, por ejemplo, en el caso Schreber la angustia aparece cuando el Otro se separa de él, pero también cuando existe la amenaza de que ese completar al Otro tiene la posibilidad de realizarse.

Clasificación de la Psicosis

Como comentábamos al principio del tema, el psicoanálisis ha definido tradicionalmente tres estructuras principales dentro de la psicosis: la esquizofrenia, la paranoia y la melancolía y manía. Haremos un primer recorrido de ellas para proponer después alguna alternativa

La esquizofrenia

Laplanche nos guía. La esquizofrenia es un término introducido por E. Bleuler en 1911 para designar un grupo de psicosis, cuya unidad ya había señalado Kraepelin, clasificándolas bajo el epígrafe de demencia precoz y distinguiendo en ella las tres formas que se han vuelto clásicas: hebefrénica, catatónica y paranoide.



El término esquizofrenia proviene del griego y significa hendir o escindir el espíritu. Con ello, Bleuler pone de manifiesto el síntoma fundamental de esta psicosis: la *spaltung* o disociación.

Desde el punto de vista clínico la esquizofrenia tiene muchas formas, pero podemos destacar los siguientes caracteres comunes:

- Incoherencia del pensamiento, de la acción y de la afectividad. Esto es, discordancia, disociación y disgregación.
- Separación de la realidad con replegamiento sobre sí mismo y predominio de una vida interior entregada a las producciones de la fantasía (autismo).
- Actividad delirante, siempre mal sistematizada.

- Carácter crónico de la enfermedad que evoluciona hacia un deterioro intelectual y afectivo.

Bleuler relacionó la Spaltung esquizofrénica con lo que Freud describió como propio del inconsciente, es decir, la coexistencia de grupos de representaciones independientes entre sí. Pero para Bleuler, la spaltung, en la medida en que implica el refuerzo de grupos asociativos, es secundaria a un déficit primario que constituye una auténtica disgregación del proceso mental.

La verdad es que Freud no desarrollo demasiado el término. Incluso llegó a proponer un término distinto: la parafrenia. Ello se debía a su interés de relacionar la esquizofrenia con la paranoia, interés desarrollado en su análisis del caso Schreber.

Freud postula que estas dos psicosis pueden combinarse en diferentes formas, como ilustra el caso Schreber y que eventualmente el enfermo puede pasar de una a la otra. En todo caso, sigue manteniendo la especificidad de la esquizofrenia con relación a la paranoia ya que ve en la esquizofrenia un predominio del proceso de represión o de retirada de la catexia de la realidad, sobre la tendencia a la restitución, y dentro de los mecanismos de restitución, predominio de aquellos que son afines a la histeria (alucinación) sobre los propios de la paranoia, que se parecen más a los de la neurosis obsesiva (proyección). En el campo de las fijaciones, Freud afirma que “la fijación correspondiente debe encontrarse en una época más precoz que la de la paranoia, debe situarse al comienzo del desarrollo que conduce del autoerotismo al amor objetal”.

En la esquizofrenia, la regresión no se conforma con alcanzar el estadio del narcisismo, llega hasta el abandono completo del amor objetal y el retorno al autoerotismo infantil.

A la alucinación del esquizofrénico, Freud le añade otro mecanismo en 1915, un mecanismo que se pondría en juego más precozmente: el sobreinvertimiento no ya de representaciones de objeto, como en la alucinación, sino de representaciones de palabra,

al que corresponden clínicamente los trastornos del lenguaje que se ven en la esquizofrenia como los neologismos.

En la lectura lacaniana de Freud, podemos decir que lo que se pone en juego es la pérdida del poder metafórico de las palabras y con ello lo que se pone en juego es la ausencia o dificultades de la metáfora fundamental, la metáfora paterna, el Nombre del Padre. Sólo esta metáfora permite el borramiento de la cosa y le da su poder al símbolo. Para el esquizofrénico, lo simbólico es real.

Paranoia

Según Laplanche, psicosis crónica caracterizada por un delirio más o menos sistematizado, el predominio de la interpretación, la ausencia de debilitación intelectual y que generalmente no evoluciona hacia el deterioro como la esquizofrenia. Freud incluye en la paranoia el delirio de persecución, la erotomanía, el delirio celotípico y el delirio de grandezas.

El término viene de una palabra griega que significa locura y desorden del espíritu. En la psiquiatría alemana del siglo XIX, la paranoia englobaba el conjunto de todos los delirios. Fue en el siglo XX y por la influencia de Kraepelin que la palabra alcanzó una mayor precisión. El psicoanálisis contribuyó en la medida que Freud elaboró los puntos en común y limítrofes de la paranoia y la esquizofrenia.

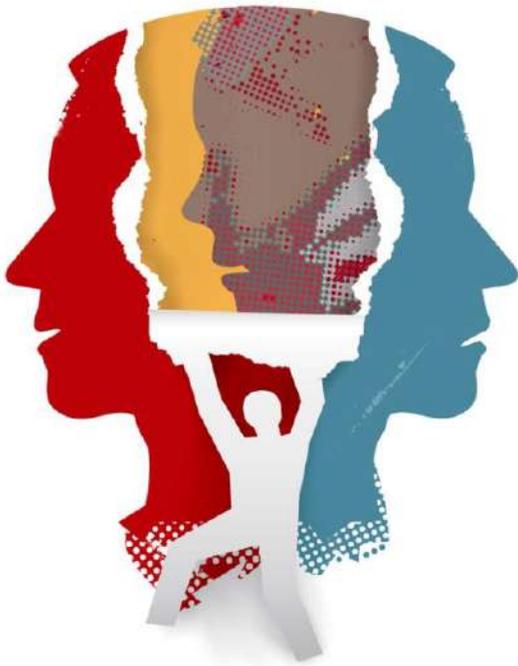
Freud define a la paranoia por su carácter de defensa contra la homosexualidad. Para él, cuando predomina este mecanismo en un delirio llamado paranoide, esto constituye razón suficiente para Freud para relacionarlo con la paranoia, aunque no exista sistematización de los delirios.

En el caso Schreber, Freud considera esencial a la paranoia el delirio de persecución para defenderse del fantasma del deseo homosexual. Este fantasma, presente en la evolución normal del varón, sólo deviene causa de psicosis porque hay en la paranoia un punto de

fragilidad situado en alguna parte de los estadios del autoerotismo, del narcisismo y de la homosexualidad. La psicosis en su conjunto se sitúa del lado de la libido narcisista.

Los delirios de persecución, propios de esta clase de psicosis, son el resultado de una proyección, que produce, a partir del enunciado de la base homosexual: “Yo, un hombre, amo a un hombre”. Primero se niega y después se invierten los sujetos de tal forma que lo que queda es “El me odia”. El sujeto queda a salvo de sus deseos homosexuales.

Podemos decir, por tanto, que existen dos puntos principales en la teoría freudiana: regresión al narcisismo y evitación de los fantasmas homosexuales por medio de la proyección.



Melanie Klein desarrolló el primer punto de regresión al narcisismo. Para ella, toda psicosis era un estado de fijación o regresión a un estadio primario infantil, en la que un yo precoz era capaz, desde el nacimiento, de experimentar angustia, emplear mecanismos de defensa y establecer relaciones de objeto, pero con un objeto primario, el seno, escindido entre el seno ideal y el seno persecutorio. Este yo, todavía desorganizado y lábil desviaría la angustia, suscitada en él por el conflicto entre las pulsiones de vida y de muerte, por

una parte, recurriendo a la proyección y, por otra, a la agresividad. En consecuencia, todo ser humano es desde el principio psicótico y, en particular, paranoico. Esta posición primaria se denomina esquizoparanoide.

En cuanto al segundo punto, evitación de los fantasmas homosexuales, es Lacan quién retoma el asunto. Desde la lectura freudiana del texto de Schreber, Lacan introduce un supuesto esencial para comprender lo que Freud llama el complejo paterno en el neurótico y lo que lo distingue de lo que se encuentra en el psicótico, clarificando lo que significa la homosexualidad del paranoico. El supuesto es el de la función paterna simbólica, o metáfora paterna, designada con el término Nombre del padre, que es necesario distinguir del padre real porque resulta del reconocimiento por la madre no sólo de la persona del padre, sino sobre todo de su palabra, de su autoridad, es decir, del lugar que ella le reserva a la función paterna simbólica en la promoción de la ley. En el paranoico esta metáfora no opera. Hay en él forclusión, hay un agujero en vez del Nombre del padre.

Desde estos supuestos, más que de una homosexualidad, se trata de una posición transexual, es decir, de una feminización del sujeto, subordinada no al deseo de otro hombre, sino a la relación que su madre sostiene con la metáfora paterna y, por tanto, con el falo. Si no puede ser el falo que le falta a la madre, puede ser las mujeres que le faltan a los hombres.

La manía y la melancolía

La manía y la melancolía frecuentemente van de la mano, produciéndose entonces la psicosis maniaco-depresiva. Psicosis que se manifiesta por accesos de manía o por accesos de melancolía, o por unos y otros, con o sin intervalos de aparente normalidad. Esta psicosis corresponde según Chemama a una disociación de la economía del deseo de la economía del goce. El sujeto puede aparecer totalmente confundido con su ideal en la manía y ser puro deseo; o puede aparecer reducido totalmente al objeto en la melancolía y ser puro goce.

La manía

El síntoma clásico de las crisis maníacas es la fuga de ideas. La expresión verbal o escrita está acelerada, es incluso brillante, pero parece haber perdido toda resistencia y toda orientación, como si el pensamiento sólo estuviese organizado por puras asociaciones o conexiones literales. Otro síntoma es la gran capacidad para distraerse y su respuesta inmediata a toda demanda. En contraste con la riqueza de pensamientos, las acciones son inadecuadas y se pone en juego la pérdida del sentimiento de lo imposible.

Se observa igualmente ausencia de fatiga a pesar de la agitación de la falta de sueño. El humor está siempre exaltado, aunque no es necesariamente bueno y se muestra precario, siendo todo estado maníaco potencialmente un estado mixto (maníaco y melancólico).

La manía fue abordada al comienzo del psicoanálisis por Abraham en 1911 y por Freud en 1915 cuando elabora duelo y melancolía. En la melancolía el sujeto sucumbe y en la manía el sujeto puede apartar el complejo que causa el hundimiento. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud confirma que el maniaco confunde yo e ideal del yo. En *Yo y el Ello* (1923), Freud llega a considerar la manía como una defensa contra la melancolía. Esta noción de defensa maníaca fue retomada y desarrollada por Melanie Klein y Winnicott.

Desde Lacan, podemos decir que el maniaco triunfará sobre la castración ya que ignora las coerciones de lo imaginario (el sentido) y de lo real (lo imposible), alcanzando así dentro de lo simbólico una relación al fin lograda con el otro, a través de una constitución desenfrenada hecha posible por la riqueza inagotable de su nueva realidad. En todo caso, parece más devorado por el orden simbólico que manejador de él.

Freud propone en 1924 (*Neurosis y psicosis*) propone situar la psicosis maniaco-depresiva en un marco particular donde el conflicto patógeno surge entre el yo y el superyó. De esta

forma la distingue del conflicto depresivo (entre el yo y el ello) y del conflicto de la psicosis (entre el yo y el mundo exterior).

La melancolía

Se puede definir según Chemama como afectación profunda del deseo, concebida por Freud como la psiconeurosis por excelencia, caracterizada por una pérdida subjetiva específica, la del yo mismo.

Desde la identidad clínica, la melancolía constituye el paradigma de las psiconeurosis narcisistas y se define como una depresión profunda y estructural, marcada por una extinción del deseo y un desinvertimiento narcisista extremo. Es una enfermedad del deseo que podemos considerar que conlleva una pérdida narcisista grave.

Un rasgo clínico que distingue la culpa del melancólico de la de otros estados depresivos es la acusación dirigida contra sí mismo, donde no hay duda, es comprobación nada más. Se trata de un odio que se dirige sobre el ser mismo del sujeto, desprovisto de toda posesión, hasta la de su propio cuerpo.

Desde nuestro punto de vista, la melancolía va más allá, por tanto, de un fondo depresivo común que podemos encontrar en cualquier sujeto. Partimos más bien de que la melancolía apunta a la imposibilidad de hacer el duelo. Desde este punto de vista, es claro porque está en los senderos de la locura.

Lacan, en el seminario de la Angustia, nos dice “El problema del duelo es el del mantenimiento de los vínculos por donde el deseo está suspendido, no del objeto a, sino del i(a). El i(a), yo ideal, moi, en definitiva, apunta al registro de lo imaginario. Más adelante y con Freud, apunta a que lo sucede en la melancolía es que triunfa el objeto y nosotros añadiríamos que triunfa sobre la imagen.

Esta elaboración, muy en la línea de Freud, revaloriza la función del i(a). Podemos decir que en esa envoltura del a es donde se encuentran las herramientas necesarias para la

elaboración de un duelo, y que en la melancolía esa envoltura es frágil, puesto que lo que triunfa es el objeto.

Si lo que emerge es un objeto sin ropaje, sólo nos queda el agujero siniestro. Tenemos que pensar que pasa con el yo. Desde Lacan estamos habituados a estudiar el yo desde dos perspectivas: el je y el moi. El je es el sujeto del enunciado, y es el que, al ser una palabra, aliena más al sujeto de lo que es el orden natural. Con el je, ya no se más de ese pedazo de carne, de lo que se trata es de un significante en juego con otros significantes. El je es producto de la alienación del sujeto en el lenguaje, y nos va a señalar la posición simbólica del sujeto. En la melancolía, el je está fuera de juego, no existe esa alienación radical en el lenguaje. Esto es debido a que no se ha nombrado apropiadamente en el discurso parental, ha fallado el pacto parental, esto es, el narcisismo primario, y el melancólico se pierde en el lugar del no ser, no ser en el mundo del lenguaje, de ahí su silencio.



Tomadas así las cosas, recobra especial importancia el moi, pero este moi no está mediado por el je en la melancolía con lo que el revestimiento del a está cojo. De ahí que en la melancolía salga victorioso el objeto, ese núcleo del yo que

tiene que ver con lo real.

El yo es la percepción de una imagen proyectada en una superficie, pero para que exista esa superficie es necesario que exista el deseo de otro, de la madre, y más aún, el deseo parental. Si falta ese deseo, el yo que pueda advenir es una prótesis imaginaria precariamente sostenida y demasiado cerca de lo real.

Pero andemos más, el yo es un resto que ocupa o sustituye al objeto perdido, el objeto del que se trata es el a, que es el residuo de un corte, un corte que tiene que ver con la entrada del sujeto en el universo simbólico y que primitivamente surge como resto del desencuentro con el Otro.

Efectivamente surge allí donde la dialéctica de la madre con el pecho no es complementaria de la dialéctica del infans con el pecho, pero al decir dialéctica estamos hablando del deseo de la madre, lo cual nos lleva a pensar que si esa madre no funciona, si elude la castración, este objeto estará precariamente formado. Vemos nuevamente aquí como lo imaginario y lo real se confunden a falta de un orden simbólico: más que de a, de lo que se trataría es de un objeto enrevesado que no delimita el espacio y que estaría más cerca de la cosa en su aspecto más siniestro.

La entrada en el mundo simbólico exige el asesinato de la cosa, tal como diría Lacan. A partir de ahí, se puede hablar de constitución del sujeto y de cómo está dividido por el discurso del Otro. Mas para ello hace falta la constitución de ese objeto que tiene que ver con el vacío, la hiancia que implica la falta de objeto. En la melancolía, ese objeto no está suficientemente constituido y estructurado, se puede decir que la cosa anda demasiado viva y que, por tanto, sujeto, objeto y campo del otro, no están suficientemente delimitados. El sujeto no puede nombrarse y se halla perdido en el marasmo de su goce.

¿Se trata del objeto o del no-objeto en la melancolía?. Al menos, podemos decir que no existe un objeto a propicio para poder asentar el yo-moi, no hay falta, sólo agujero siniestro, esto es, goce. Goce en cuanto lo real come al cuerpo, en tanto que no se trata de un cuerpo libidinal, sino del cuerpo muerto, no hay recubrimiento. La precipitación en

el suicidio es fácil desde aquí, la muerte está profundamente asentada en el cuerpo. Es más, el suicidio es la forma, para el melancólico, de intentar producir un sujeto, pues es ahí donde puede constituirse ese resto, ese objeto a que sustente y delimite el campo del Otro y de su falta.

Desde la clínica, ¿Cómo posicionarse frente a estos sujetos, donde la función fálica está ausente? Lo que van a ver en sus analistas y médicos más que a un Sujeto Supuesto saber, va a ser un Sujeto Supuesto Ser. Desde ahí, la clínica se hace complicada, pero siempre nos queda la escucha, una escucha que pueda marcar, en este caso, una mirada anticipatoria del lugar donde pueda advenir un corte, un resto en el continuo de su goce.

Psicosis de Ausencia- Psicosis de Presencia

Un buen intento de clasificación de la psicosis, un intento que está marcado por el interés clínico, es el de Antonio Godino Cabas. Es una de las clasificaciones posibles, pero la hemos elegido porque la consideramos bastante clarificante y porque parte de un supuesto que compartimos. La situación teórica y clínica de la psicosis no difiere mucho de la situación y status que gozaba la histeria en la época de Freud. Al enfrentarse con el delirio psicótico, el psicoanálisis actual estaría enfrentando las mismas dificultades que enfrentara el pensamiento de Freud al atisbar el universo de las neurosis.

Para fundamentar esta cuestión, Godino Cabas se fija en como la histeria, en su momento, era un cuadro difuso capaz de acoger en su seno síntomas de las más diversas características. Ello mismo ocurre todavía con la psicosis y se presenta hoy como una estructura nosográfica tan ambigua a veces que termina aceptando la esquizofrenia junto a la paranoia y la melancolía sin que exista una diferenciación plenamente clara.

Además, al igual que a la histeria se le atribuían causas orgánicas o biológicas, a la psicosis hoy en día se le buscan causas hormonales y glandulares. Los neurotransmisores parecen cumplir una función de causa. Nos situamos en otro polo y pensamos que al igual

que en la histeria la causalidad orgánica puede estar completamente desechada, pensamos que la profundidad en el estudio de la psicosis nos alejará cada vez más de causalidades orgánicas.



Godino Cabas defiende el modelo freudiano en la medida que subordina la cuestión de las clasificaciones al descubrimiento de las causas específicas de toda sintomatología. Para Freud, el diagnóstico es ante todo un ordenamiento clasificatorio de los factores causales y de la dinámica interna. Ello difiere bastante de las clasificaciones psiquiátricas donde lo que predomina es un ordenamiento de los efectos sintomáticos.

En el seno de la psicosis nos encontramos con dos estilos cualitativa y estructuralmente diferentes: La esquizofrenia y la psicosis propiamente dicha. El estilo no es el mismo porque el Nombre del padre no está inscrito de la misma forma.

Hay una diferencia etiológica en estos dos grandes grupos, diferencia etiológica que le lleva a Godino a distinguir entre Psicosis de la ausencia y Psicosis de la presencia.

Toda psicosis supone una falla a nivel del Nombre del Padre y por lo tanto supone una desarticulación a nivel del falo, pero a pesar de esa carencia, las Psicosis de Presencia presentan una cierta inscripción de la función materna en tanto que las Psicosis de Ausencia parecen carecer incluso de esta inscripción.

De esta forma el conjunto vacío de las psicosis de ausencia estaría marcado por el falo en las psicosis de presencia.

Fuera de la clasificación deja a las oligofrenias y otras con conocido componente orgánico, aunque no diferenciado del todo.

Clasificación de las psicosis:

Partimos de que el principio etiológico de las psicosis se encuentra situado en el Estadio del espejo, pero entendiendo el Estadio del espejo más que como una cuestión evolutiva, como una cuestión estructural. Una estructura que Lacan propondría definir como una identificación, fruto de la incorporación de una Imago la cual sería causa del comportamiento libidinal lúdico ante el reconocimiento en espejo. En definitiva, se trata de un organizador capaz de manifestarse en observables clínicos. Por ello, Lacan la llamaría estructura ontológica.

El estadio del espejo delimita dos tiempos diferenciables que las psicosis muestran de manera explícita en la clínica puesto que ellas van desde un cuerpo fragmentado a un cuerpo unificado y del cuerpo unificado al otro.

Según la construcción de la imago halla tenido lugar o no (debido a la ausencia-presencia de la función materna), se puede hablar de psicosis de ausencia o de presencia.

La clasificación:

1- Psicosis de Ausencia

1.1 Autismo

1.2 Esquizofrenia

a- simple: catatonia

b- Precoz: Paranoide

2- Psicosis de Presencia

2.1 Melancolía

2.1.1 Melancolía

a- Melancolía involutiva

b- Psicosis senil

c- Psicosis del puerperio

2.1.2 Manía

2.2 Paranoia

a- Síndromes paranoides

b- Parafrenia. Hipocondría

- Las Psicosis de Ausencia

Marcadas radicalmente por la ausencia materna. Es decir, no hay una presencia simbolizable y representable capaz de sustituir esa relación biológica que deja al sujeto sin un modelo de relación. La falta de la falta es la causa del estado esquizofrénico.

El autismo se trata de una formación primaria en el sentido que su manifestación es precoz y también en el sentido de que en estas psicosis la aparición de la sintomatología no está precedida por ninguna de las señales que suelen existir en las restantes psicosis (delirios o alucinaciones). El niño autista se revela tan pronto como queda de manifiesto su imposibilidad de responder frente al lenguaje. El ingreso al lenguaje no es apenas el uso de la palabra, sino que también encierra el problema de su comprensión. La expresión discursiva de esta estructura es una posición de mutismo radical y la concomitante aparición de una serie de estereotipias.

Las esquizofrenias se distinguen del autismo por el hecho que el sujeto ha ingresado a la palabra y ésta participa de la formulación del delirio y la alucinación. En la esquizofrenia simple es común la producción de un curso patógeno cuyo desencadenamiento es la reclusión en el silencio, es la forma de la catatonía. Se trata de un mutismo secundario a diferencia del autismo. Se trata de una posición a la que el sujeto llega después de un itinerario donde el cuerpo pasa a ocupar el lugar de la palabra y se adquiere un rigor tónico y muscular del cuerpo que subraya la palabra.

En la esquizofrenia precoz, el sujeto reacciona a la pubertad. Es la sexualidad entonces lo que actúa de factor desencadenante. La agresividad, que está vinculada al narcisismo, es el componente más claro y distintivo de esta forma de psicosis. La esquizofrenia precoz puede derivar en una esquizofrenia paranoide como resultado de un curso cronificante. Lo que le distingue de la paranoia es que si bien el delirio principal es el de la persecución, no existe un perseguidor imaginario nítido y definido.

La Psicosis de Presencia

A diferencia de las Psicosis de ausencia, aquí existe un deseo, está presente el falo. Son psicosis hijas de un cierto deseo a pesar de todo. En las psicosis de presencia hay un saludable imago referenciado al sujeto. No se trata ya del vacío característico de las psicosis de ausencia. Recordemos que el acceso a lo simbólico tiene como condición y pre-requisito, el establecimiento de un cierto registro imaginario. Se trata de una imago especular en tanto gestalt unificante del propio cuerpo (unificante de ese universo señalado por la necesidad.), bajo el deseo del otro. Partiendo del Otro y de su intervención en el niño, tendremos como saldo una imago, cuya elaboración (realizada en el complejo de Edipo) conduce a la construcción y al acceso de lo simbólico.

En las psicosis de presencia se constituye algo de esta imago, mas no hay lugar ni condiciones para metabolizar y comprender el lugar y la formación del tercero. Por esta razón, el tercero termina siendo una amenaza. Una amenaza cuyo prototipo tiene a la paranoia.

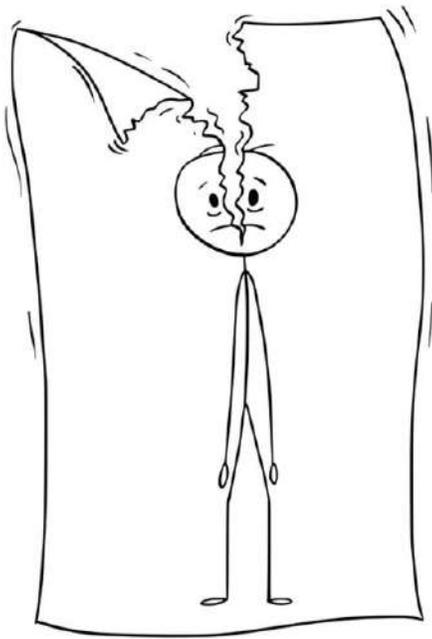
Dentro de este grupo, se incluye a la melancolía, aunque ello es discutible desde el enfoque anteriormente expuesto al hablar de la melancolía. Pero Godino Cabas insiste. Bajo su punto de vista, en la melancolía se trata de un duelo relativo a la pérdida de la imagen fálica. Ese duelo puede asumir la forma discursiva de la depresión (la melancolía propiamente dicha) o bien puede asumir la forma discursiva de la negación, dando así lugar a la manía. La melancolía se puede presentar como involutiva dando lugar a una presencia parecida al autismo. Mas también hay un conjunto de melancolías cuya expresión tiene la forma de brotes perfectamente aislados y episódicos como las psicosis de puerperio.

La manía obedece al mismo nódulo de la melancolía, con la diferencia de que ese nódulo ocupa un lugar diferente pues obedece a una negación.

Por último, la paranoia. El nódulo es el mismo que el de la melancolía: ruptura fálica, ausencia del Nombre del Padre, pero en ella el sujeto asume una actitud diferente pues se propone descifrar activamente a través del delirio el enigma de su posición. Esta investigación puede asumir la forma de una investigación episódica, por brotes, el nombre que le daríamos sería el de síndrome paranoide. O bien, puede asumir la forma de una investigación constante y sistemática, es la paranoia propiamente dicha. Aquí existe la posibilidad del encapsulamiento del delirio que conocemos con el nombre de parafrenia y una de cuyas desviaciones es la hipocondría.

La clínica

Ya hemos ido estableciendo un posible abordaje con comentarios aislados en el texto y con comentarios no explícitos pero que se contienen en el texto. En todo caso, si consideramos esta diferenciación entre psicosis de ausencia y presencia, las exigencias de una clínica son diferentes. Las psicosis de ausencia plantean la necesidad de construir una referencia imaginaria capaz de dar cuenta de la matriz simbólica del sujeto, por eso sus formaciones son restitutivas. En cambio, en las psicosis de presencia, se pone en juego el objetivo de construir una referencia relativa a la alteridad y a la matriz simbólica capaz de acoger el significado y el sentido del otro.



En las psicosis de ausencia, la inscripción del objeto y del otro parece tan precaria que la demanda es siempre demanda de presencia de los mismos. Más aún, demanda de presencia en lo real.

En las psicosis de presencia, la tentativa reside en intentar conservar el paraíso narcisista, el espejismo narcisista.

Dicho de otra forma, en tanto las psicosis de ausencia buscan acceder al paraíso narcisista aspirando a la presencia en lo

real del objeto, las psicosis de presencia buscan conservar el paraíso narcisista aspirando a confirmar la permanencia constante del mismo.

La posición del analista difiere en uno y otro caso. Se inscribirá en calidad de Otro de la demanda (en lo real) o bien en calidad de Otro de la castración (en lo imaginario) según que se trate de uno o de otro tipo de psicosis.

Si en el neurótico, la transferencia es sobre el Otro sujeto supuesto saber, en la psicosis se da sobre el Otro sujeto supuesto ser, ese Otro de la demanda o de la castración.

En las psicosis de ausencia, la posición de la interpretación no puede reproducir las condiciones propias del dialogo analítico con las neurosis. Si en estas psicosis, no hay registro del otro, no se puede metabolizar su discurso. Es por ello que muchos analistas y terapeutas han adoptado la forma del acercamiento físico. La interpretación recorre y transita por los caminos del acto. Hay terapeutas que besan, acarician acunan, dan de comer, intentando restaurar, de alguna forma, esa falta de deseo materno, de su función.

Según Pankow no se trata de proporcionar cuidados que el esquizofrénico no recibió, sino de ofrecerle sensaciones que pongan límite a su mundo mágico y lo lleven a reconocer los límites de su cuerpo.

El delirio, en este tipo de psicosis, es un intento de restitución, restitución de algo faltante. Se trata de una búsqueda, pero es una búsqueda condenada al fracaso. Por tanto, la pregunta típica del psicoanalista de acuerdo con los cánones de un neurótico, no le servirá para sujetarse. El psicótico necesita siempre sujetarse y definir un mundo en el que hacerlo. Necesita terminar con esa rueda de desplazamientos.

En este contexto, se hace constructivo y adquiere relevancia el hablar en tercera persona. Ello permite el descentramiento narcisista e imaginario del sujeto, permite salir, de alguna forma, del escenario puramente imaginario y especular. Se introduce un desdoblamiento en la escena que permite un alejamiento de lo siniestro.

En cuanto a las psicosis de presencia, es necesario también un acercamiento particular. El riesgo aquí es la palabra vacía en la sesión. No se trata de nombrar un universo que ha quedado fuera de la palabra. Por el contrario, aquí el sujeto se encuentra en el campo de la palabra. El psicótico nombra su universo y aunque los nombres sean bizarros en apariencia, hay una cierta lógica rigiendo su palabra delirante. En ella, hay que adentrarse y procurar el sentido que le falta, el orden, el límite.

En general, en cuanto a la analizabilidad de las psicosis, podemos considerar tres limitaciones importantes:

1. En el seno de la crisis psicótica, en el brote, es vano todo intento de elaboración. Si el brote es una solución psicótica a un problema simbólico, cuestionar esta solución es una tarea que excede las posibilidades concretas del sujeto. En esta situación, sólo queda la creación de un espacio para la expresión del delirio. Incluso aquí aparece como importante el soporte psicofarmacológico. El análisis e interpretación del delirio quedan para más adelante si es posible.
2. En la organización psicótica ya cronificada se hace patente también una dificultad importante para el análisis. El delirio ha obtenido tal refuerzo y adecuación que parece un discurso inamovible.
3. En las psicosis de presencia, se presentan dos situaciones típicas de reacciones terapéuticas negativas. Se trata del curso depresivo crónico que adoptan las melancolías y del curso irreductible delirante de las paranoias.

En todo caso, Godino Cabas afirma que la analizabilidad no depende de la estructura tan sólo sino fundamentalmente del proyecto del sujeto. Al mencionar proyecto, se refiere al Ideal. Y aunque en la psicosis la lesión de la estructura simbólica incide en la organización del Ideal, hay una cierta existencia. En tanto forclusión, se supone una exclusión del ideal fálico y ello se produce al precio de una repetición. Es necesario que la exclusión se repita para mantener la estructura. Y la repetición (aunque sea de una negación fundamental) ya supone un proyecto. Es en ese proyecto donde se perfila nuestro objeto de estudio y trabajo como clínicos. Se trata de la proyección de las sombras del falo en el sujeto.

Bibliografía

- Chemama, R., Vandermersch, B. Diccionario del psicoanálisis. Bs. Aires & Madrid, Amorrortu editores, 2004.
- De Waelhens, A. La psicosis. Ediciones Morata. 1982
- Freud: Tres Ensayos de Teoría Sexual
El Esclarecimiento Sexual del Niño
Sobre un Tipo Particular de Elección de Objeto en el Hombre
Pulsiones y Destinos de Pulsión
La Represión
Lo Inconsciente
Pegan a un Niño
Más allá del Principio de Placer
La Organización Genital Infantil
La Negación
La Neurastenia y la neurosis de angustia. 1894
Crítica de la Neurosis de Angustia
Introducción al Narcisismo. 1914
Duelo y melancolía
El estudio de las memorias del presidente Scrheber. 1911
Escisión del yo en el proceso de defensa. 1938
- Godino Cabas, A. La función del falo en la locura. Editorial Trieb. 1980.
- Kernberg, O. Diagnóstico Diferencial de la Conducta Antisocial, Revista de Psiquiatría, 1988, volumen 5, página 101 a 111, Santiago, Chile.
- Lacan, J. Editorial Siglo XXI y Paidós (BCN).
- Seminario III, Las Psicosis
Escritos I y II. En especial, Kant con Sade
Seminario X, de la Angustia.

El Seminario XXII, RSI.

- Laplanche, J., Pontalis, J.B. Diccionario de Psicoanálisis, Traducción Fernando Gimeno Cervantes. Editorial Paidós, Barcelona 1996.
- Mazzuca, Roberto, “El psicópata y su partenaire”, Revista Alcmeon, vol. 9, número 35, Buenos Aires, 2000.
- Mazzuca, Roberto. **Desde el psicoanálisis: Patologías del acto y la culpabilidad.** I Congreso Virtual de Psiquiatría 1 de Febrero - 15 de Marzo 2000
- Miller, J.A. “Esquizofrenia y Paranoia”, artículo en: Psicosis y Psicoanálisis, Buenos Aires, Manantial, 1985
- Moore, B.E, Fine, B.D. Biblioteca Nueva, Madrid.
- Rosolato, G. “Lo Negativo y su Léxico”
- Winnicott,D. "La defensa maníaca", 1935.

Cuestiones

1. Desarrolla la expresión: “la perversión es el negativo de la neurosis”.
2. En la perversión, ¿Qué es el sujeto reconstituido de la alienación?
3. Deseo y voluntad en la perversión.
4. Nudo borromeo en la psicosis.
5. Describe y elabora la melancolía.
6. Neurosis de ausencia: definición y clínica.